

LOS GALLOS INGLESES

TRATADO DE LOS GALLOS INGLESES.

LIBRERIA DE CUESTA
CARRETAS 9 MADRID

TRATADO
DE
LOS GALLOS INGLESSES.

REPRODUCCION Y ADICION

POR SU AUTOR

DEL QUE ESCRIBIÓ EN 1857.

Modo de multiplicarlos,
criarlos, educarlos, disponerlos para las peleas, bañarlos,
curarlos de sus enfermedades y heridas,
y otras muchas curiosidades sobre este asunto.

POR

DON RAMON ADAME.



MADRID: 1872.

IMPRENTA DE TOMÁS REY,
Calle de Don Martin, núm. 4.

TRATADO DE LOS GALLOS INGLESSES.

ACERCA DE LOS GALLOS
INGLESSES

TRATADO

DE

LOS GALLOS INGLESES.

REPRODUCCION Y ADICION

DEL AUTOR

DEL QUE ESCRIBIO EN 1857.

Modo de multiplicarlos, crianza, educacion, disposiciones para los pechos, bañados, curaciones de sus enfermedades y heridas, y otras muchas curiosidades sobre este asunto.

CON

DON RAMON ADAME.



MADRID: 1872.

IMPRESA DE TOMAS RAY.

Calle de San Martín, núm. 1.

de su educacion y otras particularidades indispensables como curiosas.

Esta aficion ha echado ya raices en nuestro pueblo, y bien puede asegurarse que ha logrado esta de naturaleza; circunstancias debidas, sin duda, á la mucha analogia que tiene con nuestra antigua aficion á los toros, que por lo mismo podria des-

INTRODUCCION.

terrarse de nuestro suelo. Pareceme, pues, que esta obra, á pesar de la poca elegancia de su lenguaje (que tampoco lo requiere),

Imposible parece, en verdad, que, hallándose hoy tan desarrollada la aficion á la *pelea de gallos ingleses*, no haya habido un aficionado que se ocupe en redactar las múltiples y variadas peripecias, las diversas operaciones, los cuidados que demandan estos bichos, así para criarlos como para educarlos, disponerlos á la lidia y curarlos de sus enfermedades y heridas. Y no se nos diga que esta indolencia es debida á la escasa importancia del asunto, pues sabido es que en Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica, y sobre todo en los Estados-Unidos, es donde estos espectáculos producen mayores rendimientos que en nuestro suelo las corridas de toros.

Vista la gran aficion que hoy se va desplegando á los gallos y sus peleas, el autor de este tratadito ha aumentado su original sin más datos que su mucha experiencia, ni más retórica que su sano juicio, ni más erudicion que su buena fe. Nadie se ha ocupado, que sepamos, de los gallos ingleses, ni se ha dicho una palabra, en efecto, sobre todo del modo de multiplicarlos,

de su educacion y otras particularidades indispensables como curiosas.

Esta aficion ha echado ya raíces en nuestro pueblo, y bien puede asegurarse que ha logrado carta de naturaleza; circunstancia debida, sin duda, á la mucha analogía que tiene con nuestra arraigada aficion á los toros, que por más criticada que sea jamás podrá desterrarse de nuestro suelo.

Paréceme, pues, que esta obrita, á pesar de la poca elegancia de su lenguaje (que tampoco lo requiere), será bien acogida del público; hoy que la aficion se ha desarrollado de tal suerte que hasta contamos en Madrid con un circo gallístico, construido á propósito, con todo lo necesario al caso, y cuyos fabulosos rendimientos son una buena prueba de cuanto acabo de manifestar.

Todo el que lea este librito con atencion podrá desde luego recrearse en los muchos pormenores que encierra, y dedicarse al propio tiempo á tan inocente diversion; para más recreo de los aficionados lleva este tratadito una novela análoga á los gallos ingleses, original del autor de este tratado, con el título de *Don Sebastian ó los adelantos del siglo XIX.*

8
Unos. Una vez colocado en el sitio que ha de estar
la caja como una cuarta de paja menuda, es decir, que
el cajon está medido de dicha paja; hecho esto, en po
ne una espanta tercera, y para que esté siempre en
medio del espacio cajon, todo alrededor de dicho ca
ja se llevará de paja paja bien apretada, hasta
nivelar con el borde de la espanta; luego que queda

CAPÍTULO PRIMERO.

Preparacion para criar los gallos y que no se pierdan.

Quando una gallina inglesa se halla llueca es preciso calcular la manera de hacerle el nido de modo que la gallina se halle perfectamente colocada y que se libere de todos los bichos que pudieran dañar á los pollitos, para que éstos salgan sanos y hermosos. Calculando, á fuerza de experiencia, el modo de librarlos y que estén seguros, conviene hacer un cajon de madera de unas dos cuartas en cuadro, y de altura de media vara, poco más ó ménos, con dos asas para cogerlo, si necesario fuera, cuando la gallina estuviera empollando los huevos; este cajon no ha de tener tapa, y se colocará en una parte que no esté húmeda y que no haya que tocarlo hasta que la gallina saque los po-

litos. Una vez colocado en el sitio que ha de estar se le echa como una cuarta de paja menuda, es decir, que el cajon esté mediado de dicha paja; hecho esto, se pone una espuerta tercera, y para que esté siempre en medio del expresado cajon, todo alrededor de dicha espuerta se llenará de paja pelaza bien apretada, hasta nivelar con el borde de la espuerta; luégo que queda como llevo dicho, de la misma paja pelaza se llena la espuerta, que no esté muy apretada ni demasiado floja; ya que tenemos el cajon en disposicion de poner los huevos para que la gallina los empolle, se hace una pequeña concavidad en medio de la paja que hay en la espuerta; en dicha concavidad se colocan una docena de huevos, que es lo más que se le debe poner á una gallina para que los cobije perfectamente y la gallina esté más cómoda en el nido y no se pierda un pollito. Ya que los huevos están colocados donde queda dicho se coge la gallina y se la demuestran los huevos, que éstos se ha de procurar que sean de buena gallina y mejor gallo, pero, sobre todo, que sean frescos; generalmente en cuanto la gallina ve los huevos se coloca sobre ellos; si extrañara el sitio y no se la pudiera hacer ponerse en los huevos, se le pondrá un cesto encima del cajon y dentro la gallina, y se la deja un dia debajo del cesto, y al otro dia se le quita, y la gallina ya ha tomado cariño á los huevos y no se sale como no sea para comer y beber.

Ya que tenemos la gallina del modo que va relacio-

nado, puesta en el nido, se la pondrá á comer exclusivamente trigo durante veinte dias, que es el tiempo que necesita para sacar los pollitos. El agua que se le ponga para beber que siempre esté limpia y clara, mudándosela todos los dias. La razon de hacerse el nido en el cajon, como ya va expresado, tiene cuatro objetos necesarios:

Primero: librar á la gallina del aire y del frio. Segundo: el calórico se halla más reconcentrado y los pollos salen con más fuerza. Tercero: impedir á las curianas y otros bichos suban donde se halla la gallina, haciendo lo que en su lugar se dirá. Cuarto: por si hubiera fuego, hundimiento ó por otra cualquier causa, se coge el citado cajon por medio de las asas, y sin que la gallina se incomode ni los huevos se rompan se transportan donde se quiera, tapando el indicado cajon para que la gallina no se asuste ni se escape.

A los doce dias de estar la gallina en los huevos se mirarán uno por uno al trasluz de una vela encendida ú otra luz cualquiera, y si se halla alguno huero se le quitará al momento, ántes que se pueda romper y con el líquido y la fetidez que tiene eche á perder los demas. A los diez y nueve ó veinte dias suelen salir los pollos, y es preciso estar en aquellos dias con mucho cuidado; generalmente siempre se advierte que pia algun pollito, y entónces es cuando hay que tener cuidado con ellos; se miran todos de vez en cuando, y si se ve que hay alguno apitonado y no pudiera romper

el cascarrón, se le abrirá el agujero por donde sale el pico un poco más grande, con el fin de que pueda respirar y coger fuerza para salir del huevo y no se desgracie, pues sería una lástima el que, después de poner tanto cuidado y esmero en preparar el cajón, cuidar de la gallina y andar con todos los útiles necesarios para lograr una buena pollada, por falta de cuidado se perdieran unos animalitos que tanto valen, si por sus peleas toman nombre. En los Estados Unidos, América y otras partes hay gallos que valen diez mil duros y algunos mucho más, según la persona que lo tiene.

Cuando salen algunos gallos buenos peleadores los mismos dueños los cuidan, no se fian de otras personas para cuidarlos; los tienen en sus habitaciones, y si salen de ellas para cualquier cosa echan la llave y los dejan encerrados, cuidado con que alguna persona entrara en la habitación donde se halla el gallo sin su permiso, que era lo muy bastante, si era doméstico, para ponerlo de patas en la calle, y si era algún amigo bastaba el haber entrado en el aposento donde estaba el gallo para perder las amistades con él; también tienen mucho cuidado con un perro, gato, etc., que por una casualidad tocara al gallo; en este caso, como el dueño del gallo los cogiera, ya es sabido que los matan al momento, sin que ninguna persona pueda remediarlo; pues es tal el cariño que tienen á los gallos, que serían capaces de comprometerse por mirar á quien hiciera daño á un gallo, y bien mirado es cosa para

sulfurarse. El gallo domesticado se hace querer de su dueño por lo manso que se presenta, que se deja coger por su amo ó dueño cuando éste quiere y le da la gana, sin más obstáculo que llamarlo, y cuando se halla en los brazos de su dueño suele cantar, como regocijándose de estar en los brazos de su dueño, porque conoce el gallo el bien que le hace el amo ó dueño, y cuando lo suelta éste en el suelo, mesa, etc., se pone erguido, dando algunas vueltas, y empieza á pitonear y escarbar, como diciendo: no temo á nadie, no hay para mí enemigos, y se va alejando de su dueño sin perderlo de vista, pues el gallo la tiene tan sutil que el insecto que pára junto á él lo ve como si fuera un camello de grande; y, á la verdad, es cosa singular, pues lo tengo experimentado muchas veces; por esto digo que se marcha sin perder de vista á su dueño, y si éste lo llama vuelve majestuosamente donde aquél se halla.

Muchos aficionados á los gallos ingleses tienen la costumbre constantemente de estar cogiendo sus gallos y tenerlos en los brazos; y no hay peor cosa que el manosearlos; pierden mucho en las peleas, pues lo tengo observado muchas veces, que, siendo un gallo bueno que no había perdido una pelea, perdiera luego cuantas veces reñía, y descubrí que consistía en el manoseo; el gallo, cuanto menos se manosee, está más firme y más ágil para la pelea; me dirán los aficionados cuál es la causa de que el gallo pierda las peleas porque se manosee, y qué influye el manoseo para per-

der un gallo la pelea; yo les diré y les haré ver, con razones que no tengan réplica, que es una verdad cuanto llevo expuesto sobre este particular; pues á fuerza de muchas observaciones pude dar con el secreto; voy á manifestarlo: En un hermoso jardín ó huerta hay muchos árboles frutales; pero siempre Dios, por medio de su grandeza, hace que la Naturaleza produzca en dihos árboles, en unos mejores frutas que en otros; generalmente el jardinero conoce que aquel árbol es el que tiene mejores peras, por ejemplo, que los otros perales, y siempre tiene fija su vista en la pera más gorda de aquel peral. Llega el día de que se caigan las peras, se colocan en una banasta ó canasta todas las que caben en aquélla, y la pera más grande la ponen encima de las demas. Ya la canasta llena de peras se la llevan á venderlas á la plaza ú otro sitio; ponen de manifiesto la canasta de las peras, las cuales llaman la atencion por la gran pera que hay en la canasta, y no hay persona que, al ver una pera tan hermosa, no la coja para tantearla, pues dicha pera no se vende, porque es la que está de muestra; pero son tantas las personas que la cogen, que la pera la ponen tan blanda como una breva, en tal grado, que ya no se puede coger porque ya filtra su conserva por los poros que tiene; de modo que, siendo la mejor pera de la canasta, nadie la quiere llevar por lo manoseada que está ya de todos; lo mismo sucede con un gallo que constantemente lo están manoseando; en tal grado, que le su-

cede al animalito lo mismo que á la pera, que por manosearla perdió toda su lozanía; por más que el dueño del gallo lo coja con mucho cuidado, siempre tiene que hacer alguna fuerza para cogerlo, y máxime si el gallo es un poco adusto y no se deja coger. Esta es la razon de por qué no se debe manosear un gallo más que lo preciso para prepararlo para cuando vaya á reñir.

CAPITULO II

del modo de criarlos y de su educacion.

Ya que los pollos han nacido y empiezan á andar alrededor de su madre se van cogiendo uno por uno y se les abre la boca y se les echa un grano de pimienta en cada uno de ellos para que tomen fuerza y se pongan a jugar como los naturales y andan muy listos con el grano de pimienta en el buche. El alimento que se les debe dar a las pocas horas de haber nacido debe ser una especie de pan con un ajito, y por el resto se les pone un poco de panizo, que es el mejor alimento que se les puede dar. A las gallinas se les pone el pan pronto como las pocas horas de haber nacido, para que no estén hambrientas; del mismo salvado que como la gallina pueden tambien comer los pollitos. El dicho salvado se les pondrá todos los

CAPÍTULO II.

Del modo de criarlos y de su educacion.

Ya que los pollos han nacido y empiezan á andar alrededor de su madre se van cogiendo uno por uno y se les abre la boca y se les echa un granito de pimienta á cada uno de ellos para que tomen fuerzas y se pongan alegres; toman más calor que el natural y andan muy listos con el grano de pimienta en el buche. El alimento que se les debe dar á las pocas horas de haber nacido debe ser unas sopitas de pan con un ajito, y por el suelo se les pone un poco de panizo, que es el mejor alimento que se les puede dar. A la gallina se la pondrá para que coma, tan pronto como saque los pollitos, salvado menudo, que no esté duro ni blando; del mismo salvado que coma la gallina pueden tambien comer los pollitos. Dicho salvado se les pondrá todos los

dias, pues si así no se hiciera suele agriarse y es muy malo para la gallina y los pollos, pues si lo comieran echado á perder los pollos y la gallina les haría daño. El agua que se les ponga para que beban que esté limpia y clara, y que tambien se debe mudar todos los dias. La vasija donde se le ponga la comida á la gallina será en una cazuelita que no esté muy honda, con el fin de que, si por una casualidad se metiera un pollo dentro de ella, no se llene la tripita del líquido del salvado, pues luégo que se les seca se hacen en el vello que tienen los pollitos en la tripa unas bolitas ó plastones que les incomoda mucho por el tiro que les hace aquel cuerpo extraño, que á veces no les deja andar; lo tengo muchas veces observado y quitado todos los cuerpos extraños que quedan dichos. El motivo de que la vasija ó cazuela sea chata no es otra la causa que, aunque se meta algun pollito dentro de ella, lo más que puede hacerse es llenarse las patitas, y eso no les causa daño. Si la cazuela fuera honda tampoco importa, pues no se les pone más salvado que un dedo, todo lo más, dentro de la cazuela, pero les costaria mucho trabajo el subir á comer á los pollitos, y siendo chata nó.

A los dos ó tres dias de haber nacido los pollos, y que éstos ya están listillos, se sacan, y la gallina, del nido y se les mete en una jaula, en la cual se pondrá una esterita fina para que no tomen humedad; dicha esterita se mudará todos los dias, por razon de que, si no se muda, guardaria mucha humedad y les haría

gran daño á los pollitos, cayendo enfermos, y se morirían.

El primer dia que se metan los pollos en la jaula se les dará á comer huevos con patatas, todo cocido, que se picará todo junto lo menudo posible, y que sea con cosa cortante, pues si no corta mucho la navaja, cuchillo, etc., se hace todo un estropajo y no se lo comen bien los pollos; esto se les dará á comer, por espacio de quince dias, de dos en dos horas.

En los primeros dias que se les dé de comer á los polluelos no importa que la gallina coma huevo y patatas, con el objeto de que enseñe á comer á los pollitos y los anime, teniendo cuidado que siempre que se les dé de comer que sea fuera de la jaula, con el fin de que la gallina no pueda escarbar y sí sólo comer; para que la gallina pueda comer desde dentro de la jaula se pone la cazuela ó vasija que sea unos cuatro dedos por fuera de la jaula, de modo que ella pueda comer sin embarazo, quitándola el que pueda escarbar por este medio, y al mismo tiempo enseña á comer á sus hijuelos, como ya va manifestado, pues si la gallina saliera de la jaula á comer con sus hijos lo primero que hace es escarbar donde se halla la comida, titando á los pollitos; y éstos, al ver que su madre los llama, corren donde ésta está, la cual se pone muy contenta al ver sus hijuelos alrededor suyo, y es cuando los incita á que coman, y cuando éstos están comiendo empieza á escarbar, y si pilla uno ó dos por delante los estropea

y puede dejarlos inutilizados, y como la gallina no tiene conocimiento, es preciso evitar esto por medio de las precauciones ya manifestadas para que no se desgracien los pollos.

El salvado que siempre lo tengan abundante; á los quince dias se les suspende el que coman el huevo y la patata, y en su lugar se les dará, por otros quince dias, carne magra bien picadita, en la misma forma que el huevo y patata. Al mes se les suspende el que coman carne, y se les dará arroz, panizo, trigo, etcétera, sin que por esto les falte á todas horas el salvado hasta que se vean criados, que ya comen de todo lo que les den.

El meter á los tres días de haber nacido los pollos en la jaula tienen tres circunstancias curiosas que saber: Primera, el que la gallina no se atraque de huevo y patata, pues esto sólo es para los pollitos, y únicamente se le dará á la gallina, como ya va dicho, por fuera de la jaula; pero esto sólo será hasta que enseñe á los pollitos á comer; segunda, para que los pollos puedan salir y entrar en la jaula sin embarazo alguno; tercera, para que la gallina no pise á los pollos al escarbar cuando van á comer. Estas tres circunstancias hay para que la gallina no salga de la jaula hasta los treinta dias de estar en ella. Sólo saldrá todas las noches con sus polluelos para irse á acostar al primitivo nido, que no debe estar muy léjos de donde se halle la jaula, que ésta se alzaré para que la gallina salga afue-

ra, y se la dirige hácia el nido por dos ó tres veces, hasta que haya tomado el tino, de modo que luégo no hay que hacer más que levantar la jaula al anochecer, y ella misma se va al nido con sus hijos; debe advertirse que, como el cajon donde se halla el nido es de media vara de alto, en los primeros dias no pueden subir los pollitos al dicho nido, y es preciso colocar una tablita de una vara de largo por una cuarta de ancho; esta tabla se sujeta por medio de un tornillo que á la sazón se prevendrá, haciendo un agujerito en el borde del cajon por el lado que han de subir los pollos, y otro agujerito en la tabla, que sea del mismo diámetro que el que se halla en el cajon. Una vez hechos los dos agujeritos se mete el tornillo, y queda la tabla segura y vertical. Ya que tenemos la tabla puesta en el cajon es cuando se levanta la jaula á la gallina y ésta se marcha al nido, como ya llevamos dicho, y los pollitos se suben al cajon por la tabla que al efecto ya está colocada; cuando los pollitos son ya mayorcitos no se necesita la tabla en el cajon, pues ellos suben al nido sin obstáculo.

Luégo que todos los pollos se han subido con su madre al nido se quita la tabla que está unida al cajon por medio del tornillo, y queda el cajon libre por todos cuatro costados, para que las curianas y otros bichos no puedan subir al cajon donde se hallan los pollos y la gallina, que muchas veces tengo experimentado y cogido muchas curianas en el mismo nido, habiendo

picado en el trasero á los pollitos, los cuales no he podido salvar á ninguno que las curianas les hayan picado; pues donde tienen la picadura se les pone azul todo alrededor, y dan en enfermar y se mueren. Para que esto no suceda, se hará una composicion de ajos y sal de la higuera, y es de esta manera: se machacan dos ó tres cabezas de ajos con un poquito de agua; luégo que están machacadas se echan dos cuartos de la dicha sal y se vuelve á machacar nuevamente hasta que quede hecho un líquido, y con éste se untará todo alrededor del cajon por bajo de la parte superior como unos cuatro dedos debajo del borde del cajon; la faja que se ponga de untura no ha de ser más que de unos cinco dedos de ancha; una vez untado el cajon, como llevo dicho, con la composicion ya indicada, por la parte de afuera del dicho cajon, por debajo de la untura que ya está puesta, junto á ésta, se untará con liga blanda como unos seis dedos de faja todo alrededor, pero junto á la primera faja de la composicion primera. Si alguna curiana ú otro bicho quiere subir al cajon se queda pegado en la liga y muere sin poderse desprender. De esta manera se libran los pollos de ser molestados ni picados por los bichos, y se crían muy hermosos.

Luégo que se han pasado los treinta dias, segun llevo dicho, no son necesarios tantos requisitos para cuidarlos, pues de este tiempo de los treinta dias se les conceptúan fuera de peligro y pueden andar por

donde quieran ; de este tiempo conocen perfectamente el sitio donde han nacido y criado, y les gusta dormir en el mismo que siempre ; pero se ha de procurar por el dueño de los pollos ponerles en cierta altura unos palos atravesados para que ellos suban á acostarse , pues les gusta mucho dormir en alto. De esta manera se van criando hasta que tienen seis ú ocho meses, que ya empiezan á encelarse y reñir unos con otros , y es preciso tener mucho cuidado para separarlos y evitar que se maten, como ha sucedido muchas veces, que por no tener el suficiente cuidado de ellos muchos se han desgraciado , y es una lástima el que se desgracien despues de estar ya criados, pudiendo evitarlo, pues muchas veces los descuidos de sus dueños ó criados les ha costado muchos disgustos y dinero ; por esta razon tan poderosa todos los dueños ó criados de los gallos deben cuidarlos para no tener disgustos.

CAPÍTULO III.

Del modo de quitar el piojuelo y el moquillo.

Quando se observa que los pollos y las gallinas tienen piojuelo es preciso al momento tomar las precauciones para quitárselo y matarlo ; esto se hace del modo siguiente : primero, untarles con aceite comun por debajo de las alas ; segundo, por alrededor del ano ; tercero, por cima de la cabeza, teniendo mucho cuidado de no untarle mucho, pues el aceite es muy fuerte para los pollos en particular ; á las gallinas y los gallos no importa que se les unte bastante ; hay otra cosa mucho mejor que el aceite comun, que es el unguento de unciones, dándole en las mismas partes que con el aceite comun ; pero con el unguento de unciones no se les puede dar más que un poquito, por ser más fuerte que el aceite y es más peligroso. El darles á los pollos

y gallinas las unturas en las partes que ya quedan dichas no es otra la causa que el ser los puntos más delicados que tienen los pollos y gallinas, y por eso acuden allí los piojuelos, y si no se acudiera con tiempo á quitárselo no hay duda que morirían. También es muy útil, para quitarles esta miseria, que haya en las habitaciones ó corrales tierra ó arena donde ellos puedan escarbar y restregarse; y despues de restregados sería mucho mejor darles las unturas.

El moquillo es otra cosa muy mala para los pollos y gallinas, que suelen morir muchos si no se toman precauciones para quitárselo. El moquillo es una especie de tos que ataca á los pollos y gallinas de una manera que muchas veces no pueden respirar ni comer, y es necesario, en seguida que se les note, empezar á darles á comer pan en agua, echando en ésta un polvito de azufre mezclado con el pan; tambien es bueno darles sopa de leche, poniéndola con agua templada, y se les quita al poco tiempo de comerlo el citado moquillo.

El panizo es una semilla parecida al anís, sólo que es un poco redondo y brillante, y bastante pesado; en la Mancha Baja se cria mucho, y en los años estériles siembran muchas fanegas los naturales y cogen muchas, que las venden á buen precio, pues es un alimento exquisito para remediarse los pobres, y algunos ricos tambien lo comen. El modo de comerlo es haciéndolo harina, es decir, lo muelen como se muele el trigo, lo

ciernen y hacen gachas con ella, y se mantienen muchos miles de personas con la harina del panizo durante esté el año estéril de trigo y otras semillas. La planta del panizo es lo mismo que la del maiz, y de la misma altura; sólo hay diferencia en la mazorca ó panocha, que la del maiz nace en medio de la caña de la misma planta; es decir, que si la planta tiene vara y media de altura, á las tres cuartas echa la mazorca; y el panizo, de lo que llevo hablado, echa su mazorca en la punta de la planta. El tamaño de cada mazorca es de unos ocho dedos de altura por unos cuatro de grueso, pero dicha mazorca ó panocha es lo mismo que la del maiz.

El maiz tiene bastante crecido el grano; es poco ménos que un garbanzo regular, conteniendo cada mazorca más de quinientos granos, y la del panizo de que hablamos algunas tienen más de cinco mil; de manera que de un grano de este panizo salen dos ó tres mazorcas ó panochas, las que producen por cada grano que se ha sembrado más de diez mil granos; es la semilla que más produce hasta ahora conocida. Pues bien; ya he dicho que es un alimento bueno para las personas, y muy sano; por lo que, con motivo de tener esta circunstancia, no es extraño que sea tan bueno para quitar el piojuelo á los pollos y gallinas. Es semilla que gusta mucho á los pollos y gallinas; no se ven hartos por más que coman.

CAPÍTULO IV.

Modo de preparar un gallo para reñir.

Para que un gallo pueda pelear con la seguridad de no perder la riña es preciso que tenga por lo ménos una espuela de medio dedo de larga, con el fin de que pueda herir á su enemigo. Teniendo la espuela, como ya va dicho, se le meterá en una jaula por tiempo de ocho dias; durante esté metido en la jaula se le dará á comer cada veinticuatro horas una jícara de trigo llena, poniéndole todos los dias agua clara para que beba; pues si el agua que beba no está clara, puede ponerse turbia ó corromperse, y el gallo tener una indigestion y ponerse malo, y es preciso tener mucho cuidado en tenerle el agua clara. A los ocho dias de estar en la jaula se le sacará de ésta y se le soltará en el suelo, y se le dejará que se pasee y se distraiga por lo ménos un

par de horas; pasadas dichas dos horas se le volverá á meter en la jaula, y al otro dia, á la misma hora, se tendrá preparado otro gallo ó pollo, con el fin de que se dé un golpeo al que está dentro de la jaula. Ya que está preparado el gallo ó pollo que se ha de golpear con el que está en la jaula, se le saca á éste y se le echa adonde se halla el otro ya preparado; se ha de tener cuidado de ponerles unas bainitas en las espuelas, con el objeto de que no se puedan lastimar. Durante el dicho golpeo se le observará al gallo de la jaula si sube bien ó mal, si cae sobre sus piés rectamente, si está muy gordo ó flaco, y por estas causas no sube bien; es preciso, si se le nota alguna de las dos cosas (que esto no se puede explicar, y sí sólo con la práctica y la experiencia puede aprenderse algo), se le debe preparar nuevamente por otros ocho dias; pero en cuanto se le dé el primer golpe se le sangrará de una uña de los dedos de fuera; si le saliera demasiada sangre, para detenerla se le quemará la cisura con un ascua, ó en su caso se le atará un hilo fuerte por un poco más arriba de la cisura, por la primera coyuntura del dedo segundo.

Luégo que se haya curado y sangrado se le vuelve á meter en la jaula y se le vuelve á preparar, segun queda dicho, en los primeros ochos dias, con el objeto de que tome calor y brio, tanto en los primeros como en los segundos ó terceros, segun se halle el gallo ó pollo dispuesto, que se vea que puede pelearse; de todos

modos, esté dispuesto ó nó, se le sacará por la mañana al campo ó un corral donde pueda tomar el sol por completo, que haya arena ó tierra donde él pueda restregarse, para si tiene algun piojuelo se lo quite; tambien es muy conveniente el que haya yerba en el campo para que ellos la piquen y la coman.

El tiempo que tiene que estar el gallo ó pollo en el campo ó corral será, si es verano, de siete á nueve de la mañana, y si es invierno, de once á una de la tarde; razones por las cuales se manifiestan las horas que se llevan marcadas, tanto en el verano como en el invierno, en las cuales se debe tener al gallo ó pollo en el dicho campo ó corral; en tiempo de verano regularmente hace mucho calor, y es indispensable escoger las cuatro horas más á propósito para la comodidad del gallo, y que éste se halle perfectamente, y las mejores horas en el verano son las ya indicadas, porque en dichas horas no hace calor ni frio, y el gallo no lo siente. En tiempo de invierno las mejores horas y más cálidas son de once á una del día, en las cuales tampoco siente el frio tanto como en otras horas del día.

Ya llevo demostrado las razones del por qué debe llevarse el gallo ó pollo á las horas ya dichas en verano y en invierno. Luégo que el gallo ó pollo ha estado en el campo ó corral las dos horas, se lleva á casa y se le mete en la jaula hasta el otro día que se hace la misma operacion, hasta que se conoce que el gallo ó pollo se encuentra bien dispuesto para reñir. En los dos

últimos dias de la semana que ha de reñir no se le sacará al campo ó corral, pues dichos dos dias son destinados para que descanse y esté más listo para la pelea y tome celo; pero en esta semana es cuando el aficionado debe poner sus cinco sentidos en cuidar el gallo ó pollo, porque de este cuidado depende el que gane la pelea; para prepararlo perfectamente es necesario hacer lo siguiente: primero, preparar un poco de ron, ó en su lugar aguardiente seco; con cualquiera de las dos cosas ya indicadas se le dará al gallo ó pollo cuatro baños, con el objeto de que tenga más fuerza y vigor para la pelea; los baños se le darán del modo siguiente: se pone el ron ó aguardiente en una tacita ó jícara lo bastante para darle un baño, y con una esponjita que al efecto se tendrá preparada se empapará en el ron ó en el aguardiente; se coge el gallo ó el pollo con mucho cuidado, con el fin de no lastimarlo; se le untarán las coyunturas y por debajo de las alas donde empieza el nacimiento de las mismas, pero no es bueno darle mucho, sino una cosa ligera, porque si se le da mucho sería muy fácil que se le irritaran aquellas partes; de manera que hay que tener mucho cuidado con las unturas; los cuatro baños se le darán en los dos dias de la preparacion para reñir, uno á las ocho de la mañana y el otro al tiempo de acostarse el gallo, y el segundo día lo mismo que el primero.

El alimento que ha de tomar en los dos dias de la preparacion debe ser el siguiente: en vez del trigo, que

ya va dicho en el capítulo IV, que se le ha de dar para la preparacion de los primeros dias en la jaula, en estos últimos dos dias se le dará por la mañana una media jícara de trigo, á las doce se le da otra media jícara de arroz que esté un poco remojado, con unos polvitos de mostaza; ésta se le pone en el arroz y se le da vueltas, hasta que el polvo de la pimienta se ha unido al arroz, y entónces se le pone al gallo ó pollo para que lo coma; ántes de anochecer se le dará un poquito de carne cruda bien picadita con un polvo de pimienta, en la misma forma que con el arroz y la mostaza, y luégo se le acuesta.

Al dia siguiente, si el gallo ó pollo se halla bueno y en disposicion de reñir, se le dará á comer á las seis de la mañana ocho ó diez garbanzos bien cocidos, y en su lugar media yema de huevo, tambien cocida; en este estado, y una hora ántes que se empiecen las peleas, lo llevarán, pues si se lleva ántes de dicha hora siempre suele haber algun gallo en el reñidero, y no es bueno que se vean así que se oigan.

Ya llevo manifestado que la sopa de pan de estas aguas cocidas no se le debe dar más que tres dias, y si en éstos no hubiera cesado la irritacion, será preciso bañarlo, y se hará del modo siguiente: en una olla grande llena de agua se pondrá un poco de romero, como cosa de un cuarto de lo que dan en las droguerías, y se pondrá á cocer hasta que dé un hervor ó dos; se aparta y se deja que se enfrie, nó del todo, sino que quede un

poco templada, y en un lebrillo que esté un poco hondo se echa el agua, y seguidamente se coge el gallo ó pollo, y allí se le mete en el baño, procurando que no le éntre agua por la boca, pues como estará amarga le daria al gallo náuseas, y en vez de hacerle provecho el baño sería, acaso, para que se desgraciara. Se tendrá en el baño cuatro minutos nada más, sujetándolo por el cuerpo para que no haga esfuerzos y se irrite más; hecho esto, se le sacará del baño y se tendrá preparado un cajon ó serijo con paja pelaza, que esté poco ménos de mediado, con el fin de que el gallo, una vez metido, pueda estar cómodo y no se ahogue; se le tapará con una manta ó trapo, etc., y se tiene en ese estado el tiempo suficiente para que se enjugue, procurando que al meterlo en el baño y al sacarlo no le dé el aire. Cuando se saque del cajon ó serijo se le pondrá en una jaula, en paraje que no haga mucho frio ni calor, pues cualquiera de las dos cosas le dañarian.

Una vez así dispuesto, se le dará á comer pan en agua y un puñadito de trigo; el trigo es con el objeto de que tome fuerzas para que pueda resistir otros tres baños, que son los que se le han de dar, es decir, cuatro, con los cuales quedará curado, y si no quedara del todo curado se le hará descansar tres ó cuatro dias, y entónces se le dan tres baños nada más, y se le sigue dando de comer lo que ya llevo dicho hasta que se ponga enteramente bueno. El baño tambien es conveniente para el gallo que no sea muy bueno, y para que no

se marche cuando está riñendo. Este baño ó baños tienen que ser en la semana ó semanas que esté preparado para reñir, y se hace lo mismo con estos gallos que con los buenos, pues en el mismo dia que se ha de pelear, y ántes de llevarlo al reñidero, se le dará á comer diez garbanzos bien cocidos, ó una yema de huevo, lo cual tal vez contribuya para que venza en la lucha.

Los baños en toda clase de aves no son buenos, porque el hombre no puede hacer que los baños que éste da á las aves produzcan los efectos que los que ellas toman naturales.

CAPÍTULO V.

Del modo de pelearlos y sus condiciones.

Cuando un gallo ó pollo ha de reñir con otro es preciso que tenga las mismas condiciones que su contrario, es decir, que sea igual de peso. Si un gallo ó pollo es tuerto no se debe pelear con otro gallo, á no ser que sea también tuerto y del mismo peso; y en el caso de reñirlo con otro que no sea tuerto hay que exigir al que no es tuerto las onzas de ventaja que sean justas y los dueños de los gallos convengan.

Una vez dispuestos los gallos para reñir, se debe hacer lo siguiente: someterse á las disposiciones de un reglamento que deberá haber en cada reñidero, el cual estará redactado por las personas aficionadas á los gallos ingleses más inteligentes y de probidad, nombran-

do para esto un presidente para que haga guardar todos los artículos y bases que contenga el dicho reglamento, y sea observado para el buen orden de las peleas y demas; dicho reglamento deberá estar aprobado por la autoridad, para que sea respetado cuando el presidente lo ordene, y cualquiera disidencia que hubiere entre los aficionados á los gallos respecto á las peleas ú otras causas. Una vez puestos ó puesto el gallo en el reñidero, ninguno de los dueños podrá tocarlos sin permiso del presidente, ni desmandarse con el dueño del otro gallo por ningun concepto, estando sujetos, como ya va dicho, á las bases ó artículos del reglamento y lo que decida el presidente con el dictámen de los vocales que para el efecto deberán estar nombrados en dicho reglamento.

Una vez ya puestos los gallos ó pollos en el reñidero se observará, cuando empiezan á reñir, cuál de ellos puede ser mejor; el que sube más pronto para darle á su contrario y cae recto sobre sus piés es buen gallo ó pollo; si alza la cabeza para picar á su enemigo es tambien buena señal; si baja la cabeza demasiado es señal de malo; y aunque fuera bueno, es más fácil que un gallo malo le gane la pelea, porque como lleva la cabeza baja, el contrario entónces sube y lo degüella, ó lo hiere de modo que pierde la pelea, aunque algunas veces suelen ganar, pero son las ménos. Cuando está peleando un gallo y sale corriendo delante de su contrario es señal que es muy bueno, por la razon de

que á lo mejor se pára, pilla á su contrario descuidado, y al subir le daña mucho.

Si á un gallo, riñendo, le diera un accidente, como suele suceder, se le meterá en un cubo de agua fresca, pero sacándolo al momento y envolviéndolo perfectamente en unos paños de lana ú otros análogos; tal vez esto le pueda dar la vida.

CAPÍTULO VI

Modo de curar los gallos después de las peleas.

Lo primero que se debe hacer después de la pelea es curar el gallo, según se ha dicho en el capítulo IV; luego se lava perfectamente con agua templada de toda la cabeza que tenga corchada de resultas de las heridas, registrándole todo el cuerpo para ver si tiene alguna herida de consideracion; esto tiene que ser con una esponjita de trapo suave, y todas las heridas que tenga el gallo se le curan con orinas de hombre ó de muchacho, que están templadas; pero antes de curarlo es preciso que el gallo esté en un punto donde no le dé el aire. Una vez curado se lleva á casa con precaucion, se le mete en un serjito de cuero que tenga tapa unos tiempos grandes, pues mientras está herido no puede estar entre pajas ó cosas que puedan introducirle

y enredar en las heridas. Se le tapa perfectamente, pero de modo que pueda respirar con libertad; una vez en este estado, y sin perder tiempo, se cuece romero y cáscara de granada en medio cuartillo de vino blanco, que esté todo bien cocido, se aparta, se deja que se ponga templadito, y en seguida se saca el gallo y se le cura, pero siempre procurando que no le dé el aire; las curas que se le hagan serán dos al dia, siempre que trascurren ocho horas de una á otra por lo ménos.

Si alguna herida tuviera la sangre coagulada, que no se pudiera curar fácilmente, y con la sangre introducida en la herida, se le abrirá con un cortaplumas ó lanceta para que salga dicha sangre; una vez curado el gallo se vuelve á meter en el serijo, donde se le tendrá por espacio de una hora por lo ménos, con el fin de que se enfrie y no le dé el aire.

La curacion con el vino, romero, etc., se hará dos veces al dia, siempre que trascurren por lo ménos ocho horas, como ya va dicho, y esta operacion dura por todo el tiempo que duren las heridas sin curar; tambien para curar los gallos es bueno orines con sal, y hace el mismo efecto que el romero y la cáscara de granada. Con todo lo dicho se pueden curar los gallos, siempre que las heridas no sean de muerte; si se le rompiera alguna pata al gallo de resultas de alguna riña ó de un golpe, se le entablillará lo mejor que se pueda, y curará. Si un gallo se despicara en una pelea ó comiendo, rompiéndose el gabilan, no hay que temer por

CAPÍTULO VI.

Modo de curar los gallos despues de las peleas.

Lo primero que se debe hacer despues de la pelea es sangrarlo de una uña, segun se ha dicho en el capítulo iv; luégo se lava perfectamente con agua templada toda la sangre que tenga coagulada de resultas de las heridas, registrándole todo el cuerpo para ver si tiene alguna herida de consideracion; esto tiene que ser con una esponjita ó trapo suave, y todas las heridas que tenga el gallo se le curarán con orines de hombre ó de muchacho, que estén templados; pero ántes de curarlo es preciso que el gallo esté en un punto donde no le dé el aire. Una vez curado se lleva á casa con precaucion, se le mete en un serijo ó cesto que tenga tapa unos trapos grandes, pues miéntras esté herido no puede estar entre pajas ó cosas que puedan introducirse

eso; para que le salga pronto y bien se hará lo siguiente: se le colocará en parte que no pueda picar en el suelo ú otra parte, con el objeto de que no se pueda lastimar en la boca; para darle de comer sin que pueda lastimarse se le pondrá como una jícara de trigo en una cazuela hondita, con el fin de que se le pueda echar agua hasta que cubra el trigo más de medio dedo, y cuando vaya á comerlo se humedezca, y á los tres meses tendrá el pico tan bueno como el que perdió.

CURIOSIDADES RESPECTO A LOS GALLOS INGLESES.

Los gallos y las gallinas se crían más sanos en el campo ó corrales que en las habitaciones.

Cuando están de muda, que ésta es generalmente en los meses de Junio, Julio y Agosto, no se les debe pelear ni golpear hasta Noviembre.

Cuando un gallo está sofocado se le dará á comer pan en agua, y áun mejor agua con leche.

Los americanos son tan aficionados á los gallos ingleses y á sus peleas, que hacen grandes apuestas; y las galleras, que este es el nombre que dan al reñidero, producen tanto como en España la Plaza de Toros.

Muchas veces, para que las peleas duren poco tiempo y se riñan muchas parejas, les ponen en las espuelas unos puñalitos, y en cuanto se ponen á reñir se degüellan al momento.

Los negros son tan aficionados á los gallos ingleses, que dan por uno bueno grandes sumas.

En los Estados-Unidos son tambien aficionados, y se atraviesa mucho dinero.

En várias naciones se va propagando esta aficion, y en España con frenesí; dígalo el gran reñidero que hace años hizo el general Ros de Olano, con todas las comodidades necesarias para el público y los aficionados; pues hay dias de peleas de gallos que no queda un billete, cabiendo más de mil espectadores; hay muchas personas de dinero entre los aficionados y de bastante categoría.

En las provincias se va desplegando mucho esta aficion, particularmente Valencia, Andalucía y la Mancha, y se divierten mucho haciendo sus grandes apuestas.

SECRETO UTILÍSIMO.

Cuando un gallo inglés no tiene suficiente ley para reñir es preciso hacer lo siguiente para que no se vaya tan pronto en la pelea: se escogerán cuarenta piñones mondados y se machacarán en un almirez ó mortero; se les mezclará una cantidad, igual á la que se puede coger con un real de plata, de pimienta negra, bien molida, é igualmente lo que pueda cogerse con un cuarto de canela en la misma forma. Ya que están to-

das estas partes en el almirez se vuelven á machacar nuevamente hasta que se haga una masita, que no esté dura ni blanda; para esto se le ponen ó se le quitan piñones, graduándolo lo mejor que se pueda; de esta masita se harán unas píldoras, que salgan del volumen de un grano de maiz, y se le darán al gallo en la semana que ha de pelear seis, tres el viérnes por la noche al tiempo de acostarlo, y las otras tres el sábado á la misma hora.

CAPÍTULO VII.

Del baño.

— Cuando un gallo tiene demasiado calor, que se le conoce por lo encendido ó colorado que se le pone todo el cuerpo, y por el desasosiego que tiene y estarse espurgando á cada momento, ó se saca con el pico algunos cañones de las alas y del cuerpo, entónces se le da á comer pan mojado ó empapado en agua de cebada ó zarzaparrilla, que se hará del modo siguiente: se compra medio cuartillo de cebada, se limpia perfectamente; despues se coge con las dos manos juntas, y se estrega muy bien hasta que se le quite toda la paja que la cebada suele tener; en vez de estregarla con las manos puede pasarse por un arnero metálico que esté bien tupido, con el objeto de que la cebada no se cuele por los agujeros; esto hecho, con un pedazo de badana

ú otro cuero se estrega la cebada hasta quitar toda la paja que se pueda; se pasa á una cazuela; se lava bien, dándole tres ó cuatro aguas, y despues se pone media jícara de dicha cebada en un puchero con dos cuartillos de agua á la lumbre, y luégo que ha cocido como un cuarto de hora se le quita aquella agua y se le pone otra limpia, y con la misma agua se hace cocer hasta que merme un cuartillo, poco más ó ménos; ya que está el agua de cebada hecha, se tendrá en una cazuela un poco de pan hecho migas, y con aquella agua caliente, y luégo que se ha enfriado un poco, que la pueda comer el gallo, se le da, ó se le pone la cazuela, que él la comerá; este alimento se le dará al gallo tres veces al dia, una por la mañana á las seis, á las doce y á las seis de la tarde; esta comida se le dará por término de tres dias; si se le ve que ha cedido el ardor que tenía en todo el cuerpo ó parte de él, entónces es cuando se le debe bañar. La zarzaparrilla es mucho más fresca que la cebada; y si se ve que el gallo no se pone mejor con el agua de cebada, se hará lo siguiente: se compran en una droguería cuatro cuartos de zarzaparrilla; se limpia bien, y la cáscara se hace pedacitos, y en un cuartillo de agua se cuece poco y se tira la primera agua, y despues se echan en el puchero dos cuartillos de agua y se cuece una tercera parte, y las otras dos, que queda cocida, se pone en otro puchero mayor, y la misma cantidad de agua de zarzaparrilla se pone de agua clara la misma cantidad que la cocida, y de

esta agua haces las sopas, lo mismo que la de cebada; pero como es mejor que la cebada, debe tenerse á mano por si la de cebada no resultara el efecto que uno se propone.

Los baños en todas las clases de aves no son buenos, porque el hombre no puede dárselos á las aves como ellas los toman naturalmente; así está observado por todas las personas curiosas. Se ve á un ave bañar, y en el momento que se está bañando llega donde está algun hombre, ó animal, etc., y conforme está bañándose coge vuelo y se remonta en lo más alto de aquel sitio, y no le estorba el baño ni el agua que lleva sobre sí para tomar vuelo; luego se comprende perfectamente que el baño que el hombre da á cualquier ave no puede estar bien hecho, por la razon de que es muy difícil el poderles dar el agua como éstas la toman naturalmente, pues el hombre mete en el baño á un ave y no sabe si la cura ó la mata; y por qué? porque es muy difícil el tener el conocimiento para que el baño que le dé resulte del mismo grado que cuando el ave se lo da; por esta razon hay que tener especial cuidado en saber bañar á un gallo, porque en esto depende el curar su enfermedad.

Muchos aficionados se oponen á bañarlos por no ser posible hacerlo debidamente, por las razones ya expuestas. Otros aficionados están por bañarlos, pero con mucha precaucion, como llevo dicho. El baño en el gallo cuando está éste sofocado es lo mismo que una

persona que necesita sangrarse, y si no se la sangra se muere ó queda enferma para toda su vida; lo mismo sucede con un gallo si estando irritado no se le bañara ó se le sangrara; pero si se puede evitar el sangrarlo es mucho mejor, pues ésta siempre deja débil al gallo, por más que se le saque poca; el baño le refresca la sangre, le da elasticidad á los nervios y le desgasta toda la irritacion que tenga, poniéndose bastante ágil para las peleas; les presta vigor y los despeja de una manera admirable; de modo que, por mi pobre opinion, estoy porque se le bañe cuando el gallo está sofocado por cualquier concepto.

CURIOSIDADES DE GALLOS Y GALLINAS.

La gallina vieja pone los huevos mayores.

La gallina saca sus pollos en el verano á los diez y ocho dias, y en el invierno á los veinticinco. La gallina más lujuriosa duerme junto al gallo. Los pedazos de la carne y huesos de la gallina, echados en el oro derretido, lo consumen y embeben en sí. La gallina muere echándole á comer en un bollito de masa un grano de pimienta. La gallina puede castrarse como los pollos, y su carne es más blanca, mejor y más tierna que las que no están castradas, y se cuece casi en un instante; pero las castradas, ni ponen huevos ni consienten gallo. El gallo es tan enemigo de tener compañero, que,

áun viéndose en un espejo, acomete á su figura; por esta razon se pelea hasta morir ó vencer.

El gallo no toma las gallinas si le untan el sieso con aceite comun. El gallo canta á la media noche más clara y fuertemente, y al amanecer con voz más delgada. No canta si tiene la cabeza untada con aceite comun, ó si se le pone ceñido al cuello un sarmiento. El gallo que canta á media noche pronostica lluvias. El castrado de tres ó cuatro años, viviendo despues otros cinco, ó hasta siete, dicen que cria en la molleja una piedra clara como el cristal, llamada *alecteria*, de cuyas virtudes hablaremos más adelante. El gallo, cuando va á entrar por alguna parte, baja la cabeza como si hubiese de tocar con la cresta.

Aunque el águila se lleva la primacía y el principado de las aves por su dignidad, nobleza, altura de vuelo, ligereza, esbeltez, perspicacia de vista, fortaleza, generosidad, grandeza y osadía, parece que el gallo habia de tener mucha parte en este imperio, porque está coronado con natural corona, que es la cresta, y así era la que los reyes de Persia se coronaban, verdadero emblema de la majestad. Es fuerte, valiente, generoso, robusto y noble; tiene más, que se atreve contra el leon, y su voz hace huir temeroso y cobarde al rey de las selvas tan pronto éste le oye cantar.

CUENTOS.

Cuentan los aficionados á los gallos ingleses que habia en un pueblo de Andalucía un caballero tan aficionado á los gallos ingleses, que siempre estaba calculando la manera de ver cómo habia de sacar, cuando criara pollos ingleses, unos que ganasen más peleas que hasta entónces habia ganado con los que él tenía; un dia preguntó á un gitano, que tambien era aficionado, si podria darle noticia de la manera que pudiera sacar gallos que ganasen á sus contrarios, pues era aficionado más de veinte años y jamás tuvo unos buenos gallos para pelear; el gitano le contestó que, á pesar de ser tan aficionado á los gallos ingleses, tampoco habia tenido en todo el tiempo que era aficionado un buen gallo, exceptuando uno que le regaló un negrito que conoció en casa de un grande de España, con motivo de haberle proporcionado á su amo dos jaquitas para un carricoche que habia mandado hacer á un maestro de coches, español y especial en esta clase de trabajo; pero dicho carricoche necesitaba para echarlo á andar un par de jacas pequeñas. El amo del negrito me las encargó; hice las diligencias de buscarlas, y á fuerza de muchos pasos y encargarlas á otros amigos míos las hallé al gusto del señor conde de P. y E., que éste era el nombre del grande de España, y al verlas quedó

prendado de ellas; y despues de pagármelas con exceso de lo que me habian costado, quedó muy agradecido del servicio que le habia prestado, que no pasaba dia no fuera yo á visitar al señor conde; de modo que ya me tomaron tanto afecto, que aunque no estuviera el conde en su casa me recibian los criados y me hablaban de las dos jacas y de los niños del conde, que estaban muy contentos conmigo por ser las jacas tan hermosas; así pasaba algunos dias; yo era ya aficionado á los gallos ingleses; un dia me dió la humorada de coger uno de mis gallos y lo llevé al campo para que se esplanara un poco; estuve como media hora con él, y al regresar á mi casa me dió la idea de pasar por la casa del señor conde; entré allí, y los criados me dijeron que habia salido, y hablando con ellos, cuando salió el negro que le llevo dicho, en cuanto me vió el gallo se vino á mí, y cogiéndomelo me dijo: «Qué, ¿es usted aficionado á los gallos ingleses?» y dijele que un poco; á lo que él repuso que era tambien muy aficionado, pues que en América habia más aficion que en España; pero que en el tiempo que hacía que estaba en España no habia visto todavía un gallo regular, ni que se pareciera á los que habia traído de América, pues era raro el que perdieran una pelea, y sobre todo nunca se ve en las galleras de América que estando riñendo un gallo salga huyendo de su contrario; primero quedan muertos en el acto que huir. «Este que tengo en las manos, añadió, no es malito, tiene algo de mestizo, por

eso puede pasar ; hay mestizos que son mejores que los finos , pero siempre se prefieren los castizos ; voy á enseñar á usted una jaquita que tengo , y verá qué castiza es . » Y devolviéndome el gallo marchó á buscar el suyo , y al poco rato volvió con un hermoso gallo , lo soltó y empezó á cantar por haber visto el que yo llevaba : entónces me dijo el negrito que sería bueno darles un pequeño golpeo para que viera yo lo que era su gallo ; acepté , y por si se lastimaban les pusimos unas bainitas en las espuelas ; mas , no teniendo á mano lo necesario , saqué del bolsillo un pedazo de baldés , y cortándole en cuatro pedacitos y atándolos con unos hilos se los pusimos .

Así dispuestos los bichos , los soltamos en el suelo , y acto continuo comenzaron á reñir , pero de tan feroz manera que si no los separamos tal vez se hubieran lastimado . Como aquello no fué más que un golpeo no se pudo saber quién de los dos hubiera sido el vencedor ; pero el negrito me dijo : « El de usted es buen gallo , mas no puede competir con éste ; pues habrá usted observado que el gallo de usted no cae muy derecho , y eso es muy malo para las peleas ; y para que usted se convenza de ello voy á regalar á usted este gallo , para que cuando usted quiera riña en debida forma , y verá cómo mi gallo mata al de usted ó lo deja inutilizado ; con que ahí lo tiene usted , que yo se lo regalo . » Y cogiendo los dos gallos le dí las gracias al negrito , y despidiéndome de todos marché á mi casa , donde los metí

á cada uno en su jaula , los cuidé con todo esmero , disponiéndoles á la pelea , y con especialidad al que habia de trabajar en la primera ocasion .

Animóme mucho el negrito , y esperaba ganar algunas apuestas , cosa que hasta entónces no me habia sucedido .

Hecha la debida preparacion del bicho lo llevé al reñidero , y no faltó un gallo de su peso que peleara con él . Se soltaron , como se acostumbra , y empezaron á reñir ; el contrario era un poco más alto que el mio , y por consiguiente lo cogia y daba alguna puñalada , miéntas que el mio trabajaba no poco por coger al contrario , y hubo quien apostaba á que mi gallo perdía , y todos los concurrentes que se hallaban en el reñidero ponian á favor del contrario ; yo desconfié de mi gallo , y estaba abroncado ; no se oia más que apuestas á favor del contrario ; la pelea iba ya bastante fuerte , pues el mio cada vez que subia volvía loco al contrario , que se hallaba muy entero ; subió y le pegó una puñalada al mio que lo dejó por un instante sin sentido ; pero de repente coge el mio al contrario , sube y le pega tan fuerte puñalada que lo hirió de tal suerte , que ya no peleaba como hasta entónces ; sube el mio y le pega otra puñalada que tambien le hizo recejar ; entónces se oye un griterío entre los circunstantes : « Veinte duros á favor del pardo ! ; Treinta á favor del pardo ! » El pardo era mi gallo ; todos se fijaban en él y decian que el colorado perdía ; habia una agitacion

entre los concurrentes que no se entendian ya; unos á favor del mio, otros á favor del contrario.

La pelea iba ya terminándose, cuando sube el contrario y da al mio un espolonazo que lo atonta; entón-ces se oyeron muchas voces: «¡Cincuenta duros por el colorado!» el cual corria por el círculo tras el mio; pero de pronto se aparece en el reñidero el negrito que me habia regalado el gallo, y dice al que habia dicho los cincuenta duros: «Cien duros á favor del pardo!—Van,» dijo el de los cincuenta.

Todos los circunstantes se fijaron en el negrito que se atrevia á apostar cien duros por un gallo que iba corriendo delante del colorado; todos daban por concluida la riña, cuando de pronto se pára el pardo, coge al colorado, sube y le da tan acertada puñalada, que quedó sin sentido, y sin dejarlo respirar subió dos ó tres veces, y quedó tendido en el círculo; mi gallo empezó á cantar en señal de triunfo, y no fué corta la sorpresa del público al ver que un gallo, que al parecer habia perdido la pelea, la ganó. Yo no cabia en el pellejo de la alegría; todos me querian comprar el gallo; el negrito cogió mi gallo, ántes de su propiedad, y delante de todos lo estuvo limpiando, y llamó la atención de todos los aficionados al ver con qué limpieza dejó al gallo, sin una gota de sangre, y me lo entregó en presencia de todos, diciéndome: «Tome usted su gallo, que no hay quien le gane á pelear; y ahora vamos á la fonda á tomar un par de cubiertos en albricias de ha-

ber ganado al señor los cien duros,» dirigiéndose al que habia perdido, y salimos del reñidero con direccion al restaurant. Baste decir á usted que con el gallo del negrito gané once peleas, y no he vuelto á tener otro gallo como aquel.»

Así concluyó el gitano su historia, y el caballero quedó convencido de que es una suerte el hacerse con buenos gallos para reñir.

Cuando una gallina se pone llueca y se la quiere poner huevos para sacar pollos es preciso que éstos sean muy buenos, es decir, que sean de buena gallina y de mejor padre; tambien importa mucho que los huevos no hayan estado en parte húmeda ó calurosa, que no hayan sido manoseados, y sobre todo que no se mojen, porque quedarian completamente inutilizados para el caso. En tiempo de tempestad conviene poner al lado de los huevos, y en medio de ellos, unas tijeritas abiertas, y luégo que ha pasado la tempestad se quitan las tijeras con mucho cuidado, con el fin de que los huevos no se muevan ni se rompan.

No es bueno que á la gallina, despues de estar puesta sobre los huevos, se la espante ni se la saque del nido, porque esto lo hace ella naturalmente cuando va á comer ó á beber, y despues ella vuelve, sin producir el menor daño; de esta suerte y no de otra es como se consigue una buena pollada.

El peso mejor que debe tener un gallo para reñir es el de tres libras y media, poco más ó ménos; ambos

excesos serian dañosos; hé aquí por qué, si un gallo está muy gordo no puede pelear con aquella soltura y ligereza que lo hace uno de tres libras y media, porque éste reúne dos cosas muy esenciales, que son, el peso regular que tiene y la ligereza, y se pelea con más brio que lo puede hacer uno que sea de mucho peso; y el que tiene ménos peso tampoco es bueno, porque no hace más que brincar y dar vueltas alrededor de su contrario, y por más puñaladas que se peguen no se matan tan pronto como lo hacen los que tienen un peso regular; es verdad que una pelea de gallos de poco peso dura más y divierte mucho á los aficionados.

La mejor edad para que un gallo sea bueno y gane muchas peleas es la de dos á cinco años, pues de esta edad es cuando los gallos deben reñirse.

Habia un aficionado á los gallos ingleses, y teniendo entendido que los bueros gallos procedian de los faisanes, tuvo la humorada de unir un faisán con una gallina inglesa, y fueron tan valientes los pollos que sacaron que ganaron muchas peleas.

Habia en Ciudad-Real un maestro herrero que era muy aficionado á gallos ingleses, y todos los domingos los pasaba cuidando á sus gallos y se divertia golpeando alguno que otro pollo ó gallo, y observaba el modo y estilo que tenían los gallos ó pollos de pelear; de modo que era bastante entendido, y muchos aficionados le tomaban parecer de algunos gallos que ellos tenían, que no sabian en qué consistia ciertos resabios,

y el maestro les decia lo que habian de hacer, tanto en enfermedad como en preparacion de las peleas.

Con este motivo era muy apreciado de los aficionados. Cierta dia se hallaba el maestro en las faenas de su fragua, cuando oyó que le llamaban descompasadamente; á las voces salió de la fragua, y vió que le llamaba un vecino de enfrente que vivia en un cuarto principal. «Vecino, le dijo; desde mi ventana he estado viendo una pelea de dos gallos que, si mal no he mirado, creo que uno de ellos haya muerto.» El herrero, que tenía todo su entusiasmo en los gallos de su casa, se dirigió corriendo á ella y halló muerto á uno, y el otro estaba casi lo mismo, pues estaba gravemente herido; y preguntando el maestro al vecino cómo habia sido el que la jaula de uno de ellos estaba hecha pedazos, el vecino le contestó que, estando peleándose, el de la jaula hacía grandes esfuerzos por salir de ella, sin duda para pelearse con su adversario, y en uno de aquéllos rompió la jaula, que fué cuando le llamó. «Qué ferocidad de bichos! dijo el maestro herrero, ¡en mi vida he visto cosa semejante!»

El águila, con toda su grandeza y majestad, es, á no dudarlo, la reina de las aves, pues es á la vez la más generosa, noble, y está coronada de pluma, como reina de las aves y los vientos. Hase rebajado mucho la grandeza al gallo la circunstancia de ser tan comun y tan casero, que áun entre los irracionales se estima más lo que ménos se comunica. La majestad ha de ser hu-

mana, no común; por lo humano se hará querer, por lo comun desestimar; y aún con todo este manejo no le habremos de quitar el principado de las aves caseras, porque de todas se hace señor y dueño, aunque no sean gallinas, ni con éstas se juntan, como escribe Gilberto Longolio.

Es el gallo pájaro airoso y galan; está vestido siempre de lucida y flamante pluma; tiene la cabeza coronada de elegante cresta, unas veces en forma de media luna, otras redonda, y en ambos casos los cortes de su borde recuerdan perfectamente los florones de una corona. Su mirada es fija y clara, sanguinolenta y lasciva, sin carecer por eso de gravedad; sus plumas son de bonitos y variados colores; levántase su cola en forma de penacho verdaderamente airoso, galan; su paso es grave, majestuoso y severo, como rey de las domésticas aves. Hállase en el gallo una piedra que es bien celebrada en los autores; no há mucho hemos hablado de la piedra *alectoria*; suele ser tan grande como una haba; es de color cristalino oscuro, al modo que lo son las cuentas de ágata finas; discurren por toda la piedra unas venillas carnadinas que la hacen más vistosa y preciada. Esta piedra, para que sea preciosa, se ha de sacar de esta manera: en teniendo tres años el gallo se castra, y despues, á los cuatro años, ó más (pues hasta nueve pueden vivir), se le mata y saca la piedra, en la inteligencia que cuanto más viejo sea tanto mejor será la piedra, segun Camilo Leonardo.

Son muy singulares las virtudes de esta piedra; ella les da fuerza y valor, y es experimentada, segun escribe Celio Rodigino, porque un hombre que se llamaba Tritormo cogió á un toro feroz de los cuernos y lo detuvo y rindió como si fuera un cordero; y examinando la causa de tanta valentía y fortaleza, dijo que traia consigo el Alectorio. Este suceso mismo refiere Erasmo en sus proverbios; y de Milon de Crotona escribe Solino que, porque traia consigo esta piedra, hizo cosas dignas de memoria de valor y fuerzas. Hallarése una de ellas en Valerio Máximo, y el mismo Solino asienta que venció á Tarquino Superbo con el beneficio de esta piedra misma, y que cualquiera que consigo la trae le deja como invencible.

Atribúyesela ademas la virtud de engendrar amistad; producir riquezas, conservarlas, etc., etc.; verdaderas supersticiones dignas de censura, pues ni el alma ni las potencias y sus afectos pueden doblegarse á tan extrañas impresiones; son harto generosas y nobles para someterse á virtudes materiales. Al cuerpo animal y vegetable pueden favorecerle las yerbas; y las piedras, con sus virtudes al entendimiento y voluntad, es quimera y supersticion que desde luégo debemos desechar.

El gallo es sumamente gallardo, hermoso, domesticable y vigilante. Parece imposible que con tan bellas cualidades y tanta sencillez, puesto que hasta los niños juegan con él cual si fuera un simple pajarillo,

encierre tanta ferocidad como demuestra en sus riñas, pues ni los animales más sanguinarios del mundo luchan de la manera que lo hace el gallo, hasta el punto de morir á vencer á su contrario.

Es sorprendente ver cómo se complace en la destrucción de su enemigo, pues canta alborozado su victoria.

El origen de los gallos ingleses procede del cruzamiento de los faisanes con las gallinas de Guinea.

EL REÑIDERO DE GALLOS.

Las corridas de toros, tan criticadas en España; los antiguos combates de los gladiadores; las guerras de las amazonas; los carros romanos; las luchas de fieras y los boxadores ingleses, nada son comparado con el *Circo de gallos*, diversion importada por los ingleses; verdad es que todos esos espectáculos ofrecen esposición, la sangre corre, y en muchos de ellos se admira la destreza ó la astucia del hombre, pero en todos descuella un interes propio, y el peligro del espectáculo reside en el espectáculo mismo, miéntras que en el reñidero de gallos, si bien es el valor el que vence, el orgullo de los hombres tiene una buena parte, y la fortuna de los espectadores se halla á merced de un espionazo lanzado tal vez á traicion por un bípedo de mala muerte.

Todos esos espectáculos ofrecen variedades notables,

de las cuales algunas de ellas han contribuido en gran manera á su renombre; así vemos encomiar las corridas de toros, espectáculo puramente español, por las diversas suertes que se ejecutan en el redondel, bien sea picando al bicho, bien poniéndole los rehiletos, bien, por último, en la suerte de matar; y tantas y tan variadas son las peripecias que suelen tener lugar en esas tres suertes, que con dificultad podrán ser suprimidas entre nosotros las corridas de toros. Cuantos claman por la ilustracion de nuestro pueblo se esfuerzan en probar la barbaridad de la tauromaquia, añadiendo que no puede ser civilizado el pueblo que mantiene y patrocina semejante arte. Declámase mucho contra la inhumanidad del hombre y su patente ingratitud exponiendo á una horrorosa muerte al indefenso caballo, cuyos sudores y proverbial obediencia tan grandemente le ayudaron á ganarse el sustento, cuando no le libraron de la muerte. Esto hasta cierto punto tiene algun viso de verdad; pues el caballo, ese digno compañero del hombre, quizás el animal que despues del perro le comprenda y le ayude mejor, por todo galardón de sus afanes sólo cuenta con acabar sus dias en la plaza de los toros, donde pisotea sus propios intestinos, hasta espirar en la más cruel agonía.

Algo más acreedor es el caballo á la consideracion de la sociedad que nó el lidiador, porque éste, si bien expone su vida, conoce el arte del toreo, fundado todo él en el uniforme movimiento de los bichos; cuenta

con su destreza, cuenta con la proteccion de sus camaradas de cuadrilla, y finalmente cuenta con una recompensa en metálico, ademas de las petacas y vegueros que pueda levantar del suelo, miéntras que el caballo, inocente é indefenso, y con los ojos tapados, presenta sus pechos á los cuernos del toro, sin ambicion de ninguna clase, sin esperanzas de lucro y sin que haya una alma caritativa que le defienda, si el bolsillo del contratista no se abre para evitar mayores pérdidas.

Sin embargo, considerada la cuestion como espectáculo, y siendo una verdad que la mitad de este mundo se rie de la otra mitad, hombres y toros, caballos y perros, todo sér viviente, desde el momento en que pisa la arena, viene á ser el hazme reir de aquel público exigente y despótico. Y si nó, que aparezca una mujer en la plaza ántes de hacerse el despejo; trabajo la mando á la tal señora si ha de contar, si puede, los silbidos que su presencia origina.

Mucho pudiéramos hablar de las lides tauromáquicas, porque es asunto que se presta lo bastante, así al diestro pincel como á la bien cortada pluma; pero como no es tal nuestro propósito, basta ya con lo dicho sobre el particular.

Hablemos de otra cosa.... de las luchas de los gladiadores romanos, por ejemplo. Sabido es que la costumbre bárbara de estos combates fué introducida en Roma por Junio Bruto, á quien le cuadraba perfecta-

mente el apellido, y lástima es que el tal Junio Bruto no muriera devorado por un leon en el mes de Junio, siquiera fuese por dejar bien sentada su partida de bautismo, aunque es de suponer que ese emperador no habría catado el agua de la pila bautismal. Pero, en fin, como quiera que sea, todos sabemos, y esto es lo que nos importa, que los gladiadores combatian en el circo de Roma; ya con un hombre, ya con una fiera, pero siempre por divertir al pueblo romano; tambien sabemos que habia várias especies de gladiadores, esto es, los unos que batallaban contra su voluntad, como sucedia á los esclavos, á los prisioneros de guerra ó á los condenados por castigo, y los otros que lo verificaban voluntariamente, siendo de condicion libre; pero lo que quizás no saben nuestros lectores, y yo se lo digo para que lo sepan, es que, al cabo de seiscientos años, en los que no se pasaba una semana sin que el ilustrado pueblo romano, gracias á la feliz ocurrencia de Don Junio, dejara de presenciar la muerte de sus semejantes, apareció en Roma otro camarada de Junio, que no era ni Agosto ni Setiembre, sino Constantino, el cual tuvo á bien abolir la costumbre instituida por D. Junio. ¡Qué lástima que no hubiera en España otro Constantino respecto de los toros! Algunos tal vez lo sentirian, pero no sería el que escribe estos renglones.

Digamos algo de las amazonas: las primeras que se conocieron fueron las mujeres guerreras que en tiempos antiguos habitaban las orillas del Termodonte, des-

de donde hacian frecuentes excursiones á los países inmediatos, y tambien las hubo en África, segun la tradicion griega, las cuales subyugaron á los etíopes y númeridas, y fueron derrotadas por el famoso Hércules. Al oír esto cualquiera creerá que los tiempos modernos, y sobre todo el siglo de los fósforos y de la *Partida de la Porra*, habrán desterrado tan bárbara costumbre; y decimos bárbara porque, si lo es el destrozarse los hombres, como ha acontecido en pleno siglo XIX en la guerra franco-prusiana, mucho más lo será donde el bello sexo se destroza; pero es el caso que el que tal cosa se figure se equivoca de medio á medio; pues hoy mismo, en el siglo de las luces de gas, asesinas de la esperma de carnero, existe un rey que cuenta con un ejército de amazonas. Este rey, para que no se crea que hablo de memoria, es nada ménos que el rey de Dahomey, el cual tiene, en efecto, un cuerpo de tropas compuesto de mujeres, en número de seis mil, que constituyen parte de su guardia real; llevan casi el mismo atavío que los hombres, y se muestran igualmente feroces en los ataques que anualmente da el rey á las naciones vecinas para proporcionarse esclavos que vender á los que hacen en la costa el tráfico de negros.

Este ejército no tiene más que un inconveniente, y es que cada nueve meses se halla en cama más de una mitad del ejército, y una vez al mes se ve imposibilitado de tomar vinagre.

En cuanto á los carros *falcados* de los antiguos, har-

to se trasparenta la intención de sus inventores; llevaban unas cuchillas en las ruedas para herir al enemigo y para guarecer los costados del ejército; y en cuanto á los carros romanos, con los cuales ejecutaban tan celebradas carreras, eran una especie de alardes de velocidad, cuyo mérito estribaba tan sólo en la agilidad de los corceles, lo mismo, ni más ni ménos, que las corridas de caballos ingleses ó de burros de Arderius, siempre el fuerte explotando al débil. ¡Cuán ajenos estaban Agripa, Teutonio y Temístocles de que, andando el tiempo y llegando el siglo XIX, la velocidad de los carros romanos descenderia hasta la nulidad, merced al invento del vapor! Verdad es que con éste hay más exposicion; que los trenes descarrilan; que los choques, por falta de una doble vía, se repiten con harta frecuencia; que los coches se caen á los rios por la poca solidez de los puentes; que en los túneles andaluces se va con el *Credo* en la boca por los repetidos desprendimientos del terreno; y finalmente, que los bandidos no respetan ya la inmunidad de la vía férrea, puesto que han aprendido á detener y robar los trenes.... pero todo esto, ó casi todo, y sobre todo el último vandálico referido hecho, sólo se ve en España, país privilegiado por su suelo férax y la buena sangre de sus hijos.

Las luchas de fieras en la antigüedad ofrecian un espectáculo sangriento, pero variado y divertido para todo el que tenga en su cabeza el órgano de la destructibilidad, ó sea del asesinato. Ya se ve! como la reli-

gion y la educacion prohiben al hombre el dar muerte á sus semejantes, todo el que tiene ese bulto, ya que no se haga militar, ya que no sea un continuo pendero, sacudiendo una bofetada al primero que se le presente por un *quítame allá esas pajas*, se dedica á la caza, en cuyo ejercicio satisface sus instintos sanguinarios á costa de los inocentes bichos que surcan el aire ó atraviesan las sendas de los bosques, y es además acérrimo aficionado á los espectáculos en que se vierte sangre.

En las luchas de fieras gozaba el espectador viendo al infeliz leon, el rey de las selvas, sucumbir bajo la astucia y traicion del tigre y exhalar su postrer suspiro, dirigiendo su apagada vista á las gradas del público, como echándole en cara su ferocidad.

Tras este espectáculo hemos citado los boxadores ingleses, y justo es decir algo sobre el asunto, siquiera sea por dar una muestra de nuestra consecuencia y del buen orden que sabemos guardar en todos nuestros escritos; los boxadores ingleses no son hombres, no pertenecen á la raza de la humanidad, puesto que, gozando de los instintos con que Dios señaló al que fué fabricado á su imágen, descienden al grado de las fieras, y aún más allá, puesto que ponen en juego todos los malos instintos con que el hombre cuenta. Verdad es que esa costumbre británica es mil veces preferible á las navajas de á tercia que públicamente se venden en España, y de las que tan buen uso saben hacer los es-

pañoles; el boxar echa un ojo al suelo, desencuaderna un hombro, hunde el esternon ó una clavícula, ó produce una inflamacion cerebral que deja *muy bien parado* al que lo recibe, y á veces le conduce al sepulcro; pero ese á veces vale un mundo (nó de viaje), porque en los desafíos de nuestro pueblo bajo, cuando dos se ponen frente á frente con navaja en mano, lo regular es que ambos á dos pasen á la eternidad; lo cual, dicho sea de paso, es un bien para la moralidad social, pero da mala idea de nuestra cultura.

Llegamos, por fin, y ya es tiempo, á las riñas de gallos, costumbre importada, como ya hemos dicho, de los ingleses, como lo es el biftek y el rosbif, las yeguas flacas, las patillas, el Pele-ale, vulgo cerveza, y los tiburis, pero que ya ha tomado más carta de naturaleza que las corridas de caballos, por más prospectos que lleven en sus sombreros los grandes de España, y por más que en los programas de la funcion leamos aquello de.... correrá el tonto del duque del Lirio con el *babieca* del marqués del Rincon, y luégo correrán el *bolonio* del baron del Sauce con la *coqueta* de la duquesa viuda del Amparo.

Y la menor celebridad que han alcanzado las corridas de caballos, comparada con las riñas de los gallos, consiste en el mayor gasto que aquéllas exigen, en la tardanza de la decision de la apuesta, y, sobre todo, en que este es el país de los pollos.

Las peripecias que tienen lugar en un reñidero de

gallos son tan dignas de ser narradas, que desde luego nos atrevemos á hacerlo, si no con la exactitud y poesía que pudiera verificarlo un Alejandro Dumas, padre, si de ello se ocupara, con la sencillez y naturalidad que una Doña Sinués de Marco endilga un artículo de modas, siendo así que va vestida como una tarasca y con más añadidos en la cabeza que cucharadas tiene un sorbete de Pombo, el de la calle de Carretas.

Muchas personas creen que un circo gallístico es cosa de poca importancia, la miran por cima del hombro, lo cual no debe admirarnos, porque otro tanto acontece con mil cosas que son despreciadas por el hombre, tan sólo porque no las comprende ó porque no contribuyen á aumentar el dinero en su bolsillo; hállanse en este caso las poetisas, tan criticadas por malos poetastros, follones y zarramplines, los ministros, porque en este país todos nos juzgamos con talento suficiente para dirigir la nave del Estado, siendo así que ignoramos el verdadero uso del remo, ó mejor dicho remamos constantemente en este valle de lágrimas convertido en océano de los desengaños. Hállanse también en este caso las mujeres á quienes hasta los santos padres calumniaron y hoy calumnian, todos los que se hallan picados de la víbora, los viejos, los que no pueden disponer de tres pesetas y los desengaños, que no son pocos, pero que en realidad son dignas de toda nuestra consideración y respeto, pues las hay que valen mucho más que un hombre, sobre todo en ciertas ocasiones.

El circo gallístico no es, pues, un monumento despreciable; y aunque en realidad no tenga el mérito del Vaticano, ni de la columna de Trajano, cuya copia ha sido echada abajo dos veces en un siglo en París, gracias á las maromas de la revolución, ni ménos la importancia del cuartel de Inválidos, ni de la columna de Antonino ó de Setimio Severo, allá en Roma, ni del túnel de Londres, ni de la demolida torre de Santa Cruz, antigua atalaya de los moros, ni de la difunta alcantarilla de Leganitos, testigo en Madrid de edades más felices, sitio de citas amorosas ó de mandobles y cuchilladas en los tiempos caballerescos, como lo era también el Prado de San Fermin. El local destinado á la inocente distracción de presenciar la muerte de dos bichos que no tienen más motivo de aborrecimiento que la excitación de su sistema nervioso, producida por la ambición de los hombres, debe reunir varias condiciones indispensables de salubridad, comodidad, ventilación y demas circunstancias, como más adelante se dirá.

La forma es como la de un circo ecuestre en miniatura; un redondel en medio, unas veces desnudo, otras esterado, sin duda para que no se enfrie el calzado de los lidiadores, esto es, de los *pollos* y *jacas* que allí han de ostentar su valor y astucia. Esto nos recuerda uno de los circos gallísticos de gran nombradía que hemos visitado en España; tal es el de Manuel Dominguez (alias Desperdicies), célebre matador entre la gente aficionada á los cuernos, sito en Sevilla y en la calle

del Sol. Nada diremos de los célebres circos de Filadelfia y Boston, pues habríamos de hablar de memoria, y tal no es nuestra costumbre, por la sencilla razon de no haberlos visitado por no tener un cuarto de hora de tiempo. Aquellos son magníficos edificios, segun las viñetas de la *Ilustracion*, con todo el confortable necesario, pues sabido es que los Estados-Unidos es el país de los adelantos y de las excentricidades, como derivacion de la Inglaterra, harto acreditada sobre este punto; de allí viene á Europa todo lo bueno, de allí todos los adelantos; y bajo este punto de vista, nada tiene de particular que se hayan entrado por nuestras puertas los reñideros de gallos.

Volvamos, pues, á lo de casa, esto es, al circo de la calle del Sol, bañado por los rayos de este astro tan venerado, y con razon, por los orientales; reproduzcamos una fotografia escrita de cuanto allí hemos presenciado, que tal vez resultará algo pasada, nó por exceso del nitrato, sino por falta de habilidad por nuestra parte para desempeñar tan difícil trabajo, y mucho más su ampliacion.

Haremos la reseña de una pelea, y esto bastará, á nuestro juicio, para que los lectores se formen una idea aproximada de aquellas variadas escenas. Es éste de forma circular; una numerosa concurrencia ocupa todas las localidades, y aguarda impaciente el sonido de la campana que anuncie la apertura de la sesion; el tribunal está ya reunido y en su puesto de costumbre;

compónese de los hombres más inteligentes y versados en la materia, á cuyas prendas hay que añadir la de la posibilidad, puesto que, á manera del tribunal de las aguas de Valencia ó el de Garnica, en las Provincias Vascongadas, ha de juzgar, y su decision no tiene apelacion.

Allí hay ya *pollos* acreditados y *jacas* afamadas ya, y cuya nombradía depende de las víctimas con que cuenta; allí está el *javao*, pollo de gran potencia y no ménos astucia; el *rojo*, otro bípedo procedente de América; el *ensabanao*, dispuesto á repartir más cuchilladas que dió el Ocho y el Empecinado á los franceses; el *romo*, que arrea cada espolazo que canta el misterio; la *juanilla*, jaca de dos cuerpos, con más pimienta que la misma cubeba; y finalmente, la *pintá*, otra jaca de grandes brios y no ménos bizarría; estas dos amazonas eran procedentes de Canarias, cuna de los mejores adalides en punto á espolazos; todos estos bichos habian actuado ya en Palma, Málaga, Cádiz, Madrid, Utrera, Puerto-Real y otras plazas no ménos célebres.

Pesáronse los dos primeros bichos que habian de pelear, los cuales eran nada ménos que la *pintá* y el *ensabanao*, vencedores ya en cien combates, y huyendo sus amos, por supuesto, del *temeron*, héroe principal de toda aquella cohorte. Ya se sabe, donde entra el *temeron* á combatir, no hay enemigos para él, á todos los hace hincar el pico en tierra, señal inequívoca de la rendicion.

Dispónese todo para la pelea; los enemigos, en brazos de sus amos, y aunque á distancia larga, cruzan ya sus miradas amenazadoras, desafiándose *soto voce*, y anhelando ambos el momento de verse frente á frente sobre el redondel; el jurado espera, y el público impaciente, dividido en dos bandos, en lo cual lleva una gran ventaja sobre los diputados del Congreso, hace apuestas fabulosas, ni más ni ménos que si se hallara en el Kursaal de San Sebastian ó en la Ruleta de Silverio. Sueltan ambos amos á ambos bichos, y tras las coquetonas posturas de la jaca *pintá* se observan los movimientos acompasados del pollo *ensabanao*; compréndese que ambos combatientes están llenos de entusiasmo, de coraje, de rencor, y acechando cada cual el momento del ataque, cada cual mide sus fuerzas y se echa la ilusion de vencer, porque ambos son bizarros y de nombradía.

Ora la *pintá* levanta la cabeza estirando el cuello, ora el *ensabanao* emprende un cadencioso paso, tan sólo por mudar de posicion y distraer á su adversario; pero aquélla, que no es lerda, sigue el movimiento, sin apartar la vista del contrario, hasta que, por último, comienza el ataque; la jaca se humilla y permanece un buen rato con la cabeza baja; al ver aquello los que habian apostado por el *ensabanao*, gritan con toda la fuerza de sus pulmones: «Duros á real!—Van;» contestan los que pusieron por la *pintá*..... el barullo crece, los gritos de los concurrentes se suceden..... todos hablan

á la vez. «Victoria!» exclaman unos. «No señor,» dicen otros. «Victoria por nosotros!» El picador Calderon añade: «Medias onzas á real!» Pero aquel tribunal, tan parecido en su justicia á los ya referidos, y muy semejante, sobre todo, á los que hay en los juegos de pelota, levanta la voz y dice: «Siga la pelea!» El público se calla, y la pelea sigue, en efecto, hasta que, por último, vence la jaca, logrando que su adversario, bañado en sangre, oculte el pico en la arena; allí era de ver la jarana del circo; allí las disputas y exclamaciones, los denuestos y el dolor profundo de los que temian que aflojar el dinero de la apuesta. Retírase, pues, de la arena al malparado *ensabanao*, y su amo se apresura á chuparle las heridas, esto es, á practicar la primera cura, que en realidad es muy oportuna y salvadora.

—Hay quien quiera pelear con mi jaca vencedora?— dice en alta voz el amo de la *pintá*, con más orgullo que un autor dramático cuando los alabarderos le llaman al palco escénico.

—Aquí estoy yo,—contesta un chulo que lleva en los brazos un pollo que nadie conoce; al ver aquel nuevo huésped se envalentona el dueño de la *pintá*, dice que se pese, y añade:—Suéltale cuando quieras, en la inteligencia que mi jaca le va á abrir, en ménos que se *presina* un cura loco, las puertas de la eternidad.

—Allá lo veremos, farfanton.

—Allá lo veremos, sanguijuela.

—Ay de tí, si al Carpio vas!

—Ay de tí, si al Carpio fueres!

Pésase al pollo presentado, porque en esa clase de lides se tiene por mucho á las carnes, considerándolas como otras tantas armas defensivas, lo cual podrá ser cierto en los maridos de las gallinas, pero nó en los hombres, donde á veces el más grande y el más gordo suele ser el más gallina.

Aquí conviene hacer un pequeño alto al discurso, pues conviene muy mucho enterar á nuestros lectores de los amaños, de las estratagemas y ardidés que se emplean en los círcos gallísticos, ni más ni ménos que si se hallaran en una casa de juego donde, no contentos con la ventaja de la *puerta*, los banqueros estrujan su entendimiento día y noche tan sólo por apoderarse del dinero de los incautos.

Al oír nuestro relato, al enterarse de la rectitud del jurado, al ver el modo cómo hemos narrado los primeros episodios de la pelea, nuestros lectores se habrán imaginado, sin duda, que la nobleza y la buena fe presidan á ese género de diversiones; pues nada ménos que eso; en todos los países del mundo, pero con especialidad en España, es donde está más adelantado el arte de la estafa, donde todos queremos vivir sin trabajar, y cuando ha caído en las redes un incauto exclamamos con el mayor cinismo: «Vaya un tonto!» así vemos tantas tiendas en Madrid donde, con un organillo funcionando, un juego llamado billar romano, y

que tanto tiene de billar como de romano, muchos pañuelos de percal colgados de una cuerda y un mancebo vestido de payaso exclama á la puerta y á voz en grito «La entrada libre! la entrada libre! señores! aquí se da un pañuelo de seda por dos cuartos!»

Así vemos tantos juegos de lotería á dos reales el carton, donde hay hombre que se deja una fortuna y á su familia en la miseria por frecuentar el *Brillante* y el *Café del Cármen*, el *Siglo* ú otro cualquiera de esos antros del vicio y de la corrupcion. Así vemos tambien esas tiendas de rifas, donde á quien le cae no le cae, porque es un testafarro que lo que saca por la puerta de la tienda lo devuelve por la del portal. Así vemos esos supuestos vendedores de relojes ambulantes que salen á caza de primos, y esos otros que suponen haberse encontrado una cadena de oro que vale sesenta duros y la dan por diez.

Pues bien: ¿á qué cansarnos describiendo tantos y tan variados modos de robar? Dícese que los gitanos son estafadores, embaucadores, falsarios y tantas otras cosas; pero, en ese caso, fuerza es confesar que esa raza proscrita y desheredada, esos egipcios zíngaros andan por España con levita y gaban, con ricas capas, buenos relojes y lustrosas chisteras, pues no es posible dar un paso por Madrid sin tropezar con alguno de estos caballeros de industria. Así, pues, nada tiene de extraño que, habiéndolos en todas partes, los haya igualmente en los reñideros de gallos, y allí con más razon, por-

que se bate el cobre; no se diga que en todos los reñideros suceda.

Ya hemos dicho que el amo de la *pintá* soltó un reto; y aunque no arrojó el guante como los antiguos adalides, porque no los llevaba, no faltó quien recogiera la palabra, toda vez que las manos las llevaba descalzas, como ya hemos dicho; admitió, pues, el desafío, como también lo dejamos dicho, el chulo de pantalon ajustado, reloj y cadena, calañés y capa con embozos de terciopelo encarnado, haciendo que se pesara al pollo:

—Cómo se llama?—preguntó el jurado.

—Calamar,—contestó el chulo.

Pintóse la sonrisa en los labios de cuantos oyeron la palabra, y el dueño de la *pintá* exclamó:

—*Malegro!* los calamares los tengo yo *sentaos* en la boca del *estógamo*.

Pero volvamos á hacer alto en nuestra narracion, porque bien á pesar nuestro nos hemos distraido, y ya íbamos á proseguir relatando lo ocurrido en aquella célebre sesion de la antigua Hispalia, sin poner ántes al corriente á nuestros lectores del importante secreto que encerraba el tal pollo llamado *calamar*.

Y para probar lo que ya hemos apuntado, aunque bien á la ligera, de que en España abundan los estafadores, y también se ha visto el hecho vandálico de detener un tren para en seguida robarle, para probar lo dicho vamos á revelar á nuestros lectores el intríngulis del pollo *calamar*.

Ni aquel pollo se llamaba *calamar*, ni Cristo que lo fundó; aquel pollo era nada ménos que el *temeron*, nombre que ya conocen nuestros lectores por su bravura, pollo de grande nombradía entre los aficionados, pues era el terror de los circos gallísticos, así como lo es el famoso Espino en los billares, ajedreces y tresillos; era una notabilidad, una eminencia..... el Castelar de los reñideros, nó por el valor, sino por sus frecuentes citas al contrario, sus artes y su buena memoria..... era el Cid, el Napoleon el Grande, nó el de Sedan, el vencedor incansable..... pero enterado su dueño de que conociéndole no hallaria competidor, y deseando al propio tiempo utilizar las buenas prendas de su pollo, le disfrazó de tal modo en su casa, cambiándole las plumas blancas en rojas, éstas en negras, y éstas en amarillas, que no le hubiera conocido el huevo que le parió, y mucho más si habia pasado á un bodegon, formando parte de una tortilla fria. Aquel trabajo artistico era digno de un Madrazo, ó mejor dicho de un Gilbert, de un Ribera (D. Carlos), ó mejor dicho de un Rosales, de un Lopez (D. Bernardo), ó mejor dicho de un Canó (el de Colon, nó el de Alonso).

No habremos de insistir mucho para asegurar que la metamorfosis fué perfecta, puesto que los concurrentes, que no se esperaban semejante cambio, y sobre todo el amo de la *pintá*, se tragaron la pildora.

Pero á los primeros cambios de muleta que hizo el *temeron*, á sus movimientos y al aplomo con que se pre-

sentaba, no faltó inteligente de los que habian apostado en contra que exclamó, mirando al jurado :

—Aquí hay trampa, señores; ese pollo es el *temeron*.

—El *temeron!*—exclamaron todos llenos de espanto.

Los que habian apostado á su favor, que eran pocos, gritaban:

—Que siga la pelea!

—Nó, por cierto!—decian otros.

—Ese no es el *temeron*,—decian los más;—el *temeron* no tiene esa pluma.

—*Quiuste* callar!—repuso el que levantó el gallo;—apuesto mil onzas contra una á que ese es el *temeron*.

—Ya se ve que sí,—dijo el amo de la *pintá*;—suplico al jurado que mande suspender la lucha, porque mi jaca no puede reñir con el *temeron*. Que se averigüe si lo es. No ven ustedes mi pobre jaca humillada ya?

Suspendieron la pelea por orden del jurado, y si no se escurre por allí el amo del *temeron* no lo hubiera pasado muy bien.

Otra jaca, llamada la *rojilla*, no pudo presentarse aquel dia en el circo, donde hubiera proporcionado un buen rato á la concurrencia, por el siguiente fracaso que la aconteció, el cual prueba que toda precaucion es poca cuando la suerte se empeña en maltratarnos: era una jaca preciosa que vió la luz primera en el barrio de la Macarena, que rompió lanzas en Puerta de Tierra, en Cádiz, y por último, se cubrió de laureles en Jerez; á ser un poeta dramático ó un autor, en vez

de polla, tendria hoy las paredes de su despacho llenas de coronas con cintas y letreros dorados y plateados, pero no pagados de su bolsillo, como hacen los poetas en materia de coronas y serenatas, imitando en esto último á los hombres políticos, sino ganadas á pulso, con el sudor de sus pechugas, con el aguzado acicate de sus espolones y con los tremendos puyazos que propinaba á sus contrarios.

Pues bien; aquella alhaja de pluma, aquel tesoro de talento, aquel pozo de valor se hallaba en casa de su amo la víspera de la gran sesion, orgulloso y orondo, cual si tuviera la protuberancia de presagiar el triunfo que al dia siguiente le esperaba. Su amo le mimaba hasta tal extremo, que dormia con él, comia en su plato, y guai del que osara tocarle! Iba y venía por toda la casa cual si al cabo del mes pagara al casero; se subia sobre los muebles, sobre el fogon, sobre los vasares, y pisoteaba cuanto se le antojaba, contando, como contaba, con más impunidad que la persona de un rey.

Pero, oh dolor! oh fatalidad de las cosas humanas! por qué tanto se le antojó subir á un lavabo de esos que tienen un espejo empotrado, y al verse la *rojilla* frente á frente de otra jaca, montóse en cólera, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, porque no era posible, se arrojó furiosa sobre su propia imágen, deshaciéndose la cabeza contra el cristal que acababa de romper.

No sabemos lo que diria en aquel momento para su

capote ; pero sí que, aunque su amo la chupó bien todas las heridas, tuvo el sentimiento de verla espirar en sus brazos, y con ella todas sus mejores esperanzas. Volvamos al circo de gallos.

Una vez restablecido el orden en aquel recinto, lo cual no dejó de ofrecer dificultades, pues hasta hubo de tomar parte la autoridad, prosiguió la pelea, nó sin algun recelo por parte de los jugadores, pues á cada pollo que se presentaba ya creian ver en él al *temeron*, y andaban, como hoy se dice, escamados.

Lucharon alternativamente el *rojo* y *juanillo*, el *romo* y el *chiquito*, abundando los *espolonazos*, las *cuchillás* y los *puyazos*, amén de la gritería de los concurrentes y esa atrevida libertad que de tiempo inmemorial ha reinado siempre en nuestro país en toda reunion popular; pero es lo cierto que la sesion se levantó á las siete de la tarde, con gran contentamiento de todos, y en particular de los que se llevaban en el bolsillo ocho ó diez mil reales que no habian llevado.

En el café de los Emperadores, en la Campana, calle de la Sierpe y otros sitios públicos en Sevilla no se hablaba más que de aquella pelea, citándose como caso nuevo lo ocurrido con el *temeron*.

DON SEBASTIAN

6

LOS ADELANTOS DEL SIGLO XIX.

NOVELA ORIGINAL

FOTOGRAFIADA SOBRE EL SITIO MISMO DE LOS SUCESOS

POR DON RAMON ADAME,

Autor de otras muchas obras conocidas del público.

bres admitidas á la faz de esa misma civilizacion, por ser lo que vamos á describir un espectáculo sangriento más propio de los tiempos bárbaros de la edad media que de la época actual. Por eso lo mejor es dejar declamar á esos tontos Aristarcos, y sigamos en España con las corridas de toros y en Inglaterra y Norte-América con las peleas de gallos, esencial pensamiento de la presente novela, leyenda, cuento, narracion, fantasía, ó como quiera llamarse.

Estamos pues en Boston; en una de sus calles principales hay un edificio elegante que no cuenta más que con dos pisos, su fachada es toda de piedra y sus huecos ostentan elegantes dinteles y con bien trabajadas ménsulas. La entrada es bella y majestuosa, su pavimento de mosaico, sus paredes estucadas y adornadas de columnas entregadas con lujosos chapiteles, su techo cuajado de arabescos y florones encasetados, terminando este elegante ingreso con una preciosa vidriera de cristales de colores cuyos reflejos variados bañan fantásticos algunos trozos del mármol de que consta todo aquel pórtico.

Detras de aquella vidriera se descubre un suntuoso patio á manera de los que hay en Andalucía donde el bronce, el mármol, los productos de las bellas artes y el buen gusto se disputan la gloria.

Es la estacion del calor y el dueño de la casa, que lo es D. Sebastian Strafor, se halla en dulce coloquio con su cara mitad doña Isabel; el marido es uno de los hombres más ricos de Boston y como no tiene hijos justo es que dedique su afecto á otros séres, sino tan merecedores de ello, dignos al ménos de su cariño siquiera sea por el producto que le rinden.

Estos séres son los gallos ingleses, los cuales han llegado á ser para el propietario de aquella casa una verdadera pasion, una tendencia dominante: y esto nada tiene de particular atendido lo general que es en aquellos países la aficion á peleas de este género donde se atraviesan sumas fabulosas ni más ni ménos que si

se hallaran en el 113 del Palais Royal ó en célebre Kursal de San Sebastian.

Hablaba D. Sebastian con su esposa de lo de siempre, esto es, de su pasion favorita; ella le escuchaba unas veces con atencion y otras sin ella, pero siempre adulando su inclinacion, pues era mujer de talento y sabia muy bien que la base del buen estar matrimonial estriba en que la mujer estudie el carácter del marido y le contradiga las ménos veces posible.

Al edificar aquella casa su propietario habia tenido presente ciertas circunstancias indispensables, y así como nuestro opulento capitalista al levantar su palacio de la Castellana encargó al arquitecto que no se olvidara del salon de pinturas iluminado por la parte alta, así el buen anglo-americano al formarse el plano de su edificio no se dejó en el tintero el vasto departamento dedicado al encierro de los gallos. Ocupaba éste una parte de la planta baja, con las celdas y jaulas convenientes á contener más de cien bípedos; tenía unos cuantos criados asalariados é instruidos que cuidaban de ellos, que los conocian y sabian á fuer de dignos doctores en medicina, evitarles las enfermedades y curárselas hasta donde puede llegar la ciencia aplicada á los volátiles. El mismo Bufon con todo su talento era ménos versado que aquellos criados en la higie-ne y terapéutica gallística; así es, que aquellos nuevos divinos Valleses ejercian grandemente su ministerio, y gozaban para con el amo de un prestigio envidiable.

Habia en la casa jardines, patios y corrales, todo á disposicion de los queridos bichos, los cuales á su vez, como si conocieran el dominio que su amo les concedia, hacian ni más ni ménos que los hombres, esto es, que cuanta más libertad se les concede tanto más abusan de ella: pero desgraciado del que maltratara á cualquier gallo de la casa: si era un pariente, desde luégo podia contar con ser desheredado, y si doméstico ya podia tomar la puerta de la calle.

Aquel señor, como pueden figurarse nuestros lec-

tores, descuidaba los negocios de mayor importancia para ocuparse de sus gallos, y absorba por completo su imaginación en dicho punto, inútil era hablar de otra cosa: dos criados había encargados de preparar y llevar en elegantes cestas el almuerzo de los bichos; y claro está... las horas del refectorio eran horas de placer para el amo que estasiado contemplaba á sus huéspedes afanados en la indispensable manducatoria. Sentado en una butaca de hierro se columpiaba nuellemente y agitaba las moléculas del aire para conseguir una atmósfera más fresca, colocado allí y con una buena breva en la boca, dirigía la palabra á sus alumnos llamando á cada cual por su nombre; eran estos el pintado, el patiblanco, el faro, el calzado; uno á uno les registraba atentamente y terminaba por hacer el correspondiente apartado para el próximo golpeo, anotándolo todo en su cartera sin olvidar por de contado la indispensable observación de si éste ó aquel bicho estaba más gordo ó más flaco que de ordenanza. Para esto tenía él un medio que por lo raro debe ser trasladado á este librito, y era el siguiente: cuando un gallo tenía pocas onzas, le sujetaba al método higiénico, esto es, á no darle de comer más que una vez al día, se le dejaba comer cuanto quisiera pero tan pronto como acababa se le quitaba la cazuela que no volvía á ver hasta el día siguiente: mientras que por el contrario si estaba demasiado grueso se le dejaba la comida durante todo el día, el gallo se atraca sin método y enflaquece. Este procedimiento que á primera vista parece un contrasentido higiénico es una verdad tangente en materia de gallos y no hay aficionado verdadero que lo ignore.

Sin embargo, como el hombre no hace siempre lo que quiere sino que por fas ó por nefas ve casi siempre coartada su voluntad, aconteció que nuestro bueno de D. Sebastian hubo de salir de su casa á cierto negocio importante: permaneció fuera como unas tres horas sin figurarse ni por asomo la horrenda catástrofe que en su casa tenía lugar.

El antiguo proverbio de que el ojo del amo engorda al caballo es una verdad como todos los refranes que no son una mentira; y aunque quedó en la casa doña Isabel, ésta se ocupaba más de sus moñas, de sus añadidos y de su blanquete que de los dichosos gallos; condición especial de las mujeres! que suelen aborrecer una cosa cualquiera sin echar de ver que aquella cosa es cabalmente la base principal de su bienestar.

Volvió pues á su casa el señor D. Sebastian dándose aire con un abanico y dirigiéndose á su alcoba donde debía mudarse de camisa; hizolo así, pero, no bien había terminado la operación, cuando al atravesar por una preciosa sala de invernáculo, y tan luego como se sentó en la butaca y tomó un periódico de grandes dimensiones, se presentó ante su vista uno de sus criados; al verle tan compugido, tan tieso, tan callado y tan parado,

—Qué traes, Roberto?—dijo: y el criado contestó:

—Una mala noticia.

—Pues dila pronto.

—Que el gallo de las patas calzadas, se ha salido de la jaula.

—Y qué ha sucedido? maldición!

—Que el patiblanco lo ha medio matado

—Es decir que también el patiblanco?...

—Salió de la jaula; sin duda por el forcejeo que él y el otro hicieron: y así debió ser porque al acudir yo divisé la jaula del patiblanco tumbada en medio del suelo.

—Y qué hiciste, majadero?

—Qué había de hacer? ¡ que su mercé me tiene enseñado: cogí al moribundo y comencé á soplarle por el pico chupándole la sangre de las heridas; luego le apliqué orines y sal cubriéndole con una venda.

—Para ser una cura de primera intención no está mal, exclamó el amo algún tanto consolado. Yo lo arreglaré, dijo; y despues de una pausa preguntó al doméstico:—Y el calzado? has mirado si tiene algo?

—No tendria gran cosa cuando le sorprendí cantando su triunfo al lado de su víctima.

—No importa, suelen cantar y estar heridos; la victoria los enajena, y gallo he tenido yo que despues de haber cantado el triunfo murió al dia siguiente; ¿cuándo acabarás de perfeccionarte en la ciencia gallística? Corramos á la sala de los chiqueros.

Y diciendo y haciendo ambos á dos se dirigieron al sitio de la catástrofe donde habia ya un gran número de vecinos, asombrados todos al ruido ocasionado. Tal es la prerogativa de los ricos, la menor cosa que les ocurre llama la atencion de amigos y vecinos, y si fuera un pobre se le dejaria morir sobre una estera sin ofrecerle siquiera una taza de caldo. Todos los presentes se asociaban al sentimiento de D. Sebastian, y todos ellos le ofrecian su auxilio en tan duro trance.

—Muy malo es lo ocurrido, dijo otro de los criados que se presentó en la sala, pero, más grave es lo que acaba de pasar en la sala amarilla.

—Habla pronto, qué esperas animal? exclamó fuera de sí el amo.

—Yo no sé si me atreva...

—Acabarás? dí lo que sea, pues hoy por lo visto es dia fatídico y á todo estoy dispuesto; ¿se ha desgraciado alguna otra jaca?

—Si no fuera mas que eso...

—Si no hablas te estrangulo.

—Pues hablo: es el caso que los gallos que han reñido y otros más que han logrado escaparse, se fueron á la sala amarilla donde sabe su merced que hay espejos, veladores y mesas doradas, con una porcion de cachivaches encima.

No seas plomo y acaba de una vez.

—Acabo; que los dichosos niños mimados de su merced al mirarse á los espejos y ver reproducida la imagen de otro gallo, han acometido furiosos contra el cristal y lo han hecho mil añicos, haciendo otro tanto con los demas objetos de valor que habia sobre las me-

sas y veladores; y no es eso lo peor, sino que se han herido de tal modo que cuatro de ellos están espirando en este momento; Jesus! Jesus! exclamó el dueño fuera de sí; y añadió: no me importan los espejos ni los objetos de china y cristal, pues todo eso se adquiere de nuevo con dinero; pero los gallos... los gallos! ¡Válgame Dios qué desgracia! á lo cuál añadió: ¿y quiénes fueron las víctimas?

—El pintao, el esgañitao, el rojo y el patiabierito.

—Jesus! Jesus! volvió á repetir el señor Strafor y con las manos en la cabeza acudió presuroso al sitio del desastre.

—Aguárdese usted, señor amo; añadió el fámulo.

—Mas desgracias aún? dijo éste suspendiendo el paso.

—Sí señor, cayó tambien al suelo el quinqué y todo el aceite se desparramó sobre la alfombra de moqueta.

—Qué me importa eso? dijo el amo y huyó presuroso.

Mientras todos los que allí estaban presentes comentaban y discutian sobre las resultas que en la salud del amo pudieran tener aquellos sucesos; mientras por detras de él todos le criticaban y daban razon á la señora que á voz en grito llamaba loco á su marido, éste tomaba en sus brazos á los heridos y exclamaba con el mayor dolor: pobre rojo mio! pobre esgañitao! ¡los dos mejores pollos de mi coleccion! ¿quién os lo habia de decir? esta mañana buenos y sanos y dispuestos á entrar en lucha con el mismo Cid campeador y ahora exánimes y moribundos! oh volubilidad de las cosas humanas! y cuán poco vale! Los!

—Mire su merced señor amo: dijo Tiburcio ¡qué lástima de espejo y pobre alfombra!

—Anda al diablo con tu alfombra y tu espejo.

—Ah señor, mio no era sino de su merced.

—Pues bien, bien roto está, lo que yo siento es estos dos pollos.

—Pues aquí hay un muerto difunto.

Volvió la cabeza D. Sebastian y dirigiendo su vista tras un mueble de los que rodaban por el suelo divisó en efecto el cadáver del patiestebado más tieso que un garrote y con el pico de par en par.

—Qué veo! exclamó arrojándose sobre los frios restos de su querido bicho: Muerto! éste? ¿el que mejor manejaba la navaja, el que venció en cien combates, el terror de los reñideros, el mejor mozo de su casta, el que tanto dinero ha traído á mi caja? ¡Desventurado! he de mandar hacer un epitafio sentimental para grabarlo en el mármol de la tumba que te destine.

—No estaria mejor con arroz! exclamó riendo su mujer, pues acababa de introducirse en la sala amarilla y de presenciar la escena lúgubre que acabamos de describir.

—Mira Isabel, dijo D. Sebastian con los ojos anegados en lágrimas y el corazon como una chufa de grande, si no fueras tú la que acaba de pronunciar esas blasfémicas palabras... agarro el revolver y la mando á la eternidad; con arroz! oh ignorancia! oh sacrilegio! quítate de mi vista, pues á no ser por los gallos, cómo habíamos de poseer más de veinte millones que tenemos de capital, con lo cual he labrado esta casa? no sé lo que haria contigo. Con arroz! con arroz! repetia chupando la sangre de los dos pollos que tenía en brazos.

Conoció doña Isabel que el horno no estaba para tortas, y no habiendo visto á su marido en aquel estado, tomó el partido de largarse, y á fe que lo acertó; pues, el tal D. Sebastian estaba tan fuera de sí, que hubiera hecho cualquier barbaridad contra su costilla. También las mujeres propias suelen acertar de vez en cuando con los deseos de sus esposos.

Juana! Petra! Dorotea! Alfonso! gritó el dolorido amo; acudieron todos estos domésticos y contáronle cada cual el episodio que habian presenciado.

—No aumenteis mi dolor, dijo, os he llamado, no para que abrais de nuevo mis heridas, harto profundas ya, sino para que me ayudeis á aliviar la suerte del

rojo y del patiestebado que aquí veis exánimes y con el estertor de la muerte.

—En efecto, dijo Petra mirando á éste último, me parece que está haciendo testamento.

—Lárgate á la cocina, bachillera y que no vuelva á verte; haciendo testamento! este es el primero que voy á salvar. Ea, pronto, traedme todo el botiquin, vendas, hilas, bálsamo de Malats, en fin todo lo que hay en el gabinete redondo, y pronto ¿qué haceis ahí, ganapanes?

Aturdidos los criados huyeron *incontinenti* y no tardaron en presentarse con todo lo pedido: abrió nuestro hombre el botiquin, aplicó los bálsamos, el jarabe de granada, el vino blanco con romero y las compresas, y colocó á ambos moribundos en unos cestos á propósito llenos de trapos.

Algo más tranquilo con esta operacion pasó á su cuarto donde tomó de la librería *el Tratado de la curacion de los gallos*, que él habia escrito; buscó la página 72, cap. vi, que era cuanto necesitaba por el momento.

Los criados se entretuvieron recogiendo los cachos de cristal esparcidos por el suelo y colocando en su sitio los cachivaches que habian quedado con vida en medio de aquel tiberio.

Á cada renglon que leia, á cada frase en que se recomendaba el agua de Vejeto ó el árnica montana de la 6.^a dilucion, la vista de D. Sebastian adquiria un nuevo brillo, miraba al cielo de vez en cuando como para escitar el órgano de la memoria, frotaba los arcos subciliares con los dedos, y lograba por fin recobrar nuevas esperanzas. A cada paso suspendia aquella tan beneficiosa lectura para pasar á la enfermería á pesar de tener allí tres criados enfermeros para cada uno de los pollos heridos.

—Apartarse decia al llegar, que no servís más que de estorbo.

—El rojo, dijo Juan, está ya fuera de peligro.

—Y el patiestebado?

—Ese no dice una palabra, y tenía razon.

—Cómo quieres que diga una palabra; animal! ¿es por ventura loro? Más valiera que á todos vosotros se os hubiera llevado el demonio que no lo ocurrido.

—Muchas gracias señor amo: exclamó Josefina, chica de diez y seis abriles, huérfana de padre y madre, recogida desde niña en aquella casa, más fresca que una rosa de Mayo, más bella que un amanecer, y más lista que una ardilla.

Miróla el amo, y recordando sin duda algunos gratos momentos, no tomó en cuenta aquel *gracias* tan sarcástico, sino que con voz melosa, la dijo: mira Josefinita, ve á mi cuarto, y tráeme una tohalla y palancana que tengo las manos todas llenas de sangre.

Obedeció la pollita y con la gracia del mundo ofreció ambas cosas al amo, el cuál al secarse las manos y antes de entregarla el lienzo, la decia por lo bajo:

—Lo que he dicho no era de verdad, picarueta.

—Ya lo sé; contestó ella con una mirada eléctrica que fascinó al amo más que puede hacerlo el magnetizador más fuerte con la más lacida somnambula.

Ambos debieron comprenderse, pues segun malas lenguas aquella misma noche se presentó Josefina en la alcoba del amo que dormia solo, y le dispertó suavemente para darle la buena noticia de que el patiestebado se hallaba ya fuera de peligro. Dicese tambien que la pollita en cuestion dió á su amo la ropa para que se vistiera, y que alumbrándole con una bujía ambos á dos se dirigieron á la cabecera del afortunado convaleciente.

Dicese tambien que fué tal alegría del amo al ver á su querido pollo levantando la cabeza, que sin saberlo que hacía por supuesto, y sin la menor conciencia de ello, dió un abrazo muy apretado á la muchacha, la cuál por su parte se estuvo tan quieta como una muerta, y no decimos, como otros escritores, más quieta que una muerta porque eso no es posible.

Pero; oh fatalidad! los muchos escorpiones que abundan en las habitaciones de aquel país, sin contar la plaza de mosquitos y otros bichos contra los cuales son inútiles las precauciones que contra ellos se tomen, hicieron saltar de la cama á doña Isabel, la cual llegó á la sala amarilla en el momento mismo del abrazo.

Frotóse los ojos dudando de lo que veía, acercóse poco á poco, y por la mímica que descubrió, comprendió que aquel no habia sido el primer abrazo y quizás tampoco el último, que eso era lo peor. Acercóse á los culpables los cuales se quedaron como petrificados al divisar aquella fantasma, pues tal parecia doña Isabel con su peinador y su còfia blancos.

Muy bien, señoritos, muy bien dijo, no se incomoden por mí y prosigan en tan estrecha escena.

—No creas nada mujer, yo te diré: esta polla supo que el pollo patiestebado estaba mejor, y más atenta que tú á lo que tanto me agrada vino a anunciarme tan fausta nueva.

—Sí, dijo ella, tú crees engañarme con tanto pollo y tanta polla, pues mira Sebastian que si yo pudiera sospechar...

—Quiá; exclamó el marido, ¿cómo puedes tú creer que fuera yo ahora á ocuparme de una fregona? pues no faltaba más.

—Nada tendria de particular, porque cuando la fregona es una polla de 16 años... pues... pero si tal supiera maldito si mañana mismo no retorcia yo el pescuezo á todos tus gallos. Con eso llorarias por todos á la vez.

—Calla mujer, por Dios, calla!

—Y les harias un sólo funeral.

—Por Dios!

—Y un sólo epitafio.

—Jesus! yo te prometo...

—El qué?

—Que ni ahora ni nunca te faltaré.

—Alla lo veremos, y si nó... el pescuezo de todos ellos me responde.

Pues broma ó nó, lo cierto es que desde aquella furibunda amenaza, el tal D. Sebastian no volvió á hacer cucamonas á las mozas de su casa, tal es el influjo que sobre nosotros ejerce una pasion. Hubo momentos, en que guiado sin duda por el recuerdo, al fijar la vista en Josefina sentia un cosquilleo irresistible que le impulsaba hácia ella; pero el recuerdo de la amenaza ó mejor dicho del anatema fulminado por su mujer por el cual veia ya tendidos en el suelo más de 80 cadáveres que eran su esperanza, su vida, alejaban de su mente tan atrevido pensamiento, y las cosas volvian á su estado normal. Con esto doña Isabel estaba contenta y pasó tranquila los años que vivió al lado de su esposo, que fueron pocos, atendido el mal estado de su salud.

Mucho sintió D. Sebastian la muerte de su esposa, pero desde luego puede asegurarse que más sensible le hubiera sido la de sus gallos si por una fatalidad le hubiese ocurrido en un solo dia. No era el buen viejo uno de eso hombres que se dejan dominar por sus mujeres, que no hacen nada sin consultarlas, hombres raquíuticos de entendimiento, y pobres de voluntad verdaderos maniquis del hogar doméstico, y sin embargo, sentia disgustarla en cualquier cosa y como su aficion á los gallos era una cosa por la cuál no pasaba dia sin que tuviese algun altercado, dicho se está que al desaparecer aquella de la lista de los vivos tenia un quebradero de cabeza ménos, y su aficion á los bípedos se desarrolló con nueva fuerza.

Aun hay más: si el buen señor hubo ó nó de tener amores con la jóven Josefina, lo prueba el que al año de haber enviudado aquél se casó con ella, y ella á su vez, aunque jóven y abandonada en el mundo y sin haber recibido una esmerada educacion poseia una organizacion cerebral de tan buen temple que suplía con ventaja á los estudios: así es que comprendiendo como los actos de nuestra vida para mejor alcanzar la dicha, desde luego comprendió que halagando los instintos de

su esposo llegaria ella á ser feliz en su nuevo estado. Esta circunstancia hizo que el amo de la casa se aficionase aun mas que ántes como ya hemos dicho al trato y roce de los gallos, que hablase de ello á cada paso con su nueva esposa de lo mismo, y que se creyera doblemente dichoso al tener al lado una persona que le comprendia.

Véase pues en cuán poco estriba la dicha de una mujer casada; pero esto lo saben muy pocas; por eso los matrimonios felices son tan raros como las dalias azules ó las moscas blancas.

Las demas criadas de la casa no estaban contentas con su nueva ama por aquello de «ni pidas á quien pidió, ni sirvas á quien sirvió;» todas decian que era una tonta, una vanidosa que se olvidaba de lo que habia sido; y por cierto que Josefina hacia muy bien porque nadie es más que lo que es, y si fuí no me acuerdo, y la ocasion es calva, y sobre todo, para qué estamos?

Su marido la miraba hasta el punto de caersele la baba cuando la veia lavando ó dando de comer á sus gallos, y los criados decian, por supuesto en la cocina, «aquí ha sucedido como siempre, la primera escoba y la segunda señora, y eso que era al revés, ¡la difunta sí que era buena! qué de regalos nos hacia! y no que ésta sólo piensa en moños y perifollos, y en ir muy repantigada en la carretela; ¡como si la carretela se hubiera hecho para ella!...

Josefina lo sabía todo esto, y sin embargo, era tan buena que habiendo podido poner á los maldicientes de patitas en la calle los conservó á su lado por aquello de que si unos eran malos otros serian peores, lo mismo, lo mismito que acontece con los gobiernos en España. Viva Neron! gritaba una pobre vieja al ver pasar á Neron por las calles de Roma; y como nadie le dirigiera victor semejante, le chocó; y preguntando un dia á la vieja por qué le victoreaba así, ella le contestó:

—Ay señor, como soy tan vieja, he conocido al abuelo de V. M. era muy malo, muy malo: luego conocí

al padre de V. M. tambien muy malo, mucho peor; luégo á V. M. que es peor que los dos, con que así, si tras de V. M. ha de venirnos otro peor... viva Neron!

Cayó en gracia la gracia á Lucio Domicio, esto es, al asesino de su madre Agripina, y en vez de castigar á la vieja, la regaló un anillo de ópalos que hoy existe en el museo de antigüedades de Madrid.

La paz y la tranquilidad reinaban pues en la casa de Boston, D. Sebastian hacía sus excursiones por los Estados Unidos y hasta por la California, habiendo ganado no escasas sumas en todos estos puntos y en el Misisipi, merced á la habilidad, donosura y bizarría de sus gallos y merced tambien á su buen acierto é inteligencia sobre la materia.

En una de estas expediciones le sucedió una cosa, que por cierto es digna de contarse.

Hallábase en Buenos-Aires ganando sendas pesetas con sus gallos, y disfrutando de aquella encantadora vegetacion, de aquel embalsamado ambiente y de aquellas deliciosas viviendas tan parecidas á los nuevos hoteles del barrio de Salamanca en Madrid, cuando cierto dia recibió una carta de un amigo suyo, en la que le encargaba se trasladara cuanto ántes á la capital del Paraguay, donde habia de personarse con un sujeto que tenia que darle las particiones de una pingüe herencia que, dividida en cuatro partes, tres de ellas pertenecian de derecho á otras tantas personas de su país, de las cuales formaba parte el amigo que le hacía el encargo, y la otra cuarta restante pertenecia al individuo del Paraguay, con quien debia avistarse.

Para ello le remitieron ámplios poderes y le concedian un diez por ciento del capital que hiciera efectivo. Pensó algun tanto D. Sebastian, titubeó al contemplar que la Asuncion del Paraguay se hallaba á novecientas leguas de Buenos-Aires, pensó en lo arriesgado de aquel viaje, y hasta cruzaron por su mente los muchos peligros que habria de experimentar; pero dominado por su instinto de viajar, así como por su mucha

aficion á las peleas gallísticas, este último raciocinio, que le ofrecia mayores ventajas, no le hizo pensar ni en el diez por ciento ofrecido, ni ménos en las vicisitudes que tan larga travesía habia de ocasionarle; y formando una resolucion fija, dispuso todo lo necesario para el viaje, confiando como siempre en la proteccion divina.

Téngase presente que debia hacer aquella travesía por el rio Panamá, sitio pintoresco y delicioso bajo el punto de vista natural, comparable tan sólo con las orillas del Misisipi, rodeado en todas sus márgenes de frondosa y variada vegetacion hasta el punto de hallarse á veces encerrado el caminante en un bosque, sin poder marchar adelante por la grande y espesa masa de árboles que interpone el paso. Aquellos enormes grupos de árboles tan juntitos, tan apiñados, son una verdadera muralla inexpugnable, un paredon de madera, sobre la cual ni los cañones rayados, Astrong, ni todas las ametralladoras juntas podrian hacer la más leve mella. Oíase á cada paso el rugido de los leones y panteras que atravesaban nadando el rio, ó corriendo por sus orillas, infundiendo pavor á los transeuntes, pero al propio tiempo se veian los pájaros mejor pintados del universo, cuyos cantos y familiaridad halagan al oido y sorprenden al forastero que los ve posarse confiadamente sobre su hombro. El buitre de aquellas selvas es sobre todo el ave más preciosa que se conoce, y uno de este género hay hoy dia en el Jardín botánico de Londres, que ha costado mil duros al gobierno inglés.

Decidióse, pues, D. Sebastian como ya hemos dicho, y despues de reconocer si las cápsulas de su revolver estaban en su puesto, despues de arreglar la jaula de sus gallos con sus correspondientes piensos y de disponer los demas objetos para el viaje, subió á bordo sobre uno de los muchos vaporcitos de poca calada que atraviesan á cada paso las rizadas, límpidas y risueñas aguas del Panamá.

Allí, sobre cubierta, y con el puro en la boca se en-

tregaba gustoso á las más dulces ilusiones, porque cuando nuestra imaginacion nos pinta halagüeña una idea, esta es siempre la preferida en nuestro pensamiento, y la vemos tan florida, tan lozana, tan seductora, que ni hallamos tropiezos ni obstáculos, ni peligros, ni contratiempos: tal es la condicion del hombre; él mismo vive engañándose á sí propio.

Llegó por fin al punto deseado, preguntó por el sujeto que buscaba, y supo que se hallaba en un pueblo del interior del Paraguay, llamado Curacaltó, adonde se dirigió y halló á quien buscaba.

Era éste un hombre como de unos cincuenta y seis años, alto, fornido, sério y brusco; su aspecto imponia á primera vista, y á tal punto, que si en Despeñaperros se le hubiera presentado á D. Sebastian con un trabuco en mano, éste le hubiera entregado su cofre y su bolsillo sin decir una palabra.

Tal fué el efecto que produjo la primera vista de aquel individuo en el ánimo de nuestro viajero; pero éste supo reprimir su emocion, y á fe que hizo bien, pues sabido es que en los casos extremos la serenidad desempeña el mejor papel.

Recibióle el señor Capelicuak, que tal era el nombre del magnate buscado, con seriedad, y esta se aumentó tan luégo como supo el objeto de aquella visita que era despojarle de lo que él disfrutaba de muchos años atrás. D. Sebastian era muy observador, y desde luégo comprendió lo reconcentrado de aquel hombre, y que en su mente ocultaria una idea siniestra, y tal vez criminal.

—¿Está V. dispuesto, dijo D. Sebastian á Capelicuak, á que procedamos á hacer la partija?

—No tengo inconveniente, dijo aquél.

—Pues envíe V. á un escribano.

—Eso no puede ser, exclamó Capelicuak.

—Por qué?

—Porque en este pueblo no hay más escribano, ni más juez, ni más procurador que yo, yo mando en el pueblo, y hago lo que me da la gana.

—Mal estamos, pues.

—Usted dirá.

—¿Qué quiere usted que diga, si no hay más amo que usted? usted dirá lo que hay que hacer. Y papel sellado?

—Aquí no sabemos lo que es eso, ni necesitamos dar dinero al gobierno como ustedes para asegurar la palabra de un hombre, ni de escribanos ni abogados que todo lo embrollan, ni curiales que todo lo chupan.

—Por eso lado son ustedes felices.

—Sí que lo somos; pero no perdamos tiempo hablando de todo eso, ocupémonos del asunto que le ha traído á usted á estas tierras.

—Dice usted bien, visto lo que usted acaba de decirme no tendremos más remedio que contentarnos con hacer un papel y buscar tres testigos.

—Está bien; pero ante todo, dijo Capelicuak, debo hacerle una observacion de grande importancia.

—Cuál es? dijo D. Sebastian.

—La de que ha de aprobar usted las condiciones de partija, tal como yo se las presente.

—Esa proposicion es muy dura, amigo mio, y veo que no podremos entendernos.

—Como usted guste, señor mio; yo me quedaré con mis bienes, y usted con su gana de llevar á cabo la particion. Ya le he dicho á usted que aquí no tenemos necesidad de gente de curia, porque somos honrados y nuestra palabra vale más que todas las firmas de todos los escribanos del mundo juntos, que no serán pocos.

—Ya lo creo! pero tan dura es esa proposicion que no puedo aceptarla y me retiro: ¿dónde se ha visto que en un contrato bilateral ser uno sólo quien lleve la voz? Para qué es la discusion? ¿Para que la elocuencia de los hombres? Para qué el natural criterio?

—Para entorpecerlo todo; para embrollarlo todo, y para proteger á los estafadores.

—Tal vez que tenga usted razon.

—Vaya si la tengo, ¿ó tiene usted confianza en mí ó no la tiene?

—No sé. Pero me retiro.

—Ocho días le doy de plazo para pensarlo ; si pasado ese tiempo no ha resuelto, puede usted volverse por donde ha venido ó por otro camino, si gusta.

—Está bien..... Con Dios.

—El le acompañe á usted.

Esta última frase la pronunció Capelicuak instintivamente, y tan sólo por imitar á su interlocutor, pues sabido es que en aquellas regiones adoran todavía al sol, es decir, que tienen la religion natural, lo cual, dicho sea de paso, no es tan estúpido como algunos quieren hacerlo creer. Sin el sol, ni habria vejetacion, ni vida ; nada, pues, tiene de extraño que los primeros hombres le adoraran, sin calcular que es el efecto de otro sér más grande y digno de adoracion.

Salió D. Sebastian de casa de Capelicuak, no muy satisfecho de la próxima entrevista, y marchó á casa de una familia que halló en el pueblo, cuyo padre era catalan, lo cual le sirvió no poco para entenderse con el hombre de aspecto facineroso.

Allí estudió algun tanto el carácter de los naturales, porque el catalan, que hacia muchos años habitaba aquel país, le instruyó lo bastante, y entre las observaciones que le hizo, una de ellas fué la de que accediera á la pretension del cacique, puesto que no tenía otro remedio, pues de no hacerlo lo perderia todo.

Comprendió nuestro D. Sebastian que en una ciudad donde no hay autoridad de ninguna clase, ni aun un mal cónsul de cualquier parte, ni tenía á quien pedir justicia, ni más remedio que sucumbir á las exigencias de aquel hombre, por exajeradas, injustas ó tiránicas que fueren.

Pero D. Sebastian no lo creia así, y por de pronto no escuchó el consejo del catalan, porque creia rebajarse, humillarse á aquel hombre, y pasar por demasiado servil y bajo.

Mudó, pues, de conversacion, y despues de haber comido dos guisados esquisitos de carne de yegua que

le sirvieron, y un pescado de extraordinarias dimensiones que le presentaron en la mesa, sin beber vino ni cerveza porque no la habia, sino leche, por cierto esquisita ; en vez de vino, agua clara, y en lugar de pan mucho queso de diversas clases, lo cual produce no pocas indigestiones á los extraños, así como el rocío vespertino que en aquel país quita la vida á todo forastero que tenga la desgracia de tomar el relente despues de los ardorosos calores del sol.

En el servicio que le pusieron sobre la mesa no habia nada de cristal, ni loza, ni ménos de porcelana ; que vasos, platos, cubiertos, botellas, todo era de madera, lo cual, dicho sea de paso, le molestaba ménos que el haber de comer carne de caballo.

Terminada la refaccion, preguntó á su huésped si habia en el pueblo gente rica.

—Ya lo creo, dijo el catalan ; hay aquí más de veinte sujetos que tienen arcas llenas de oro y de diamantes, y por cierto que no saben qué hacer de tanto dinero, porque no hay donde gastarlo.

—Y al juego son aficionados?

—Eso sí ; se reunen ahí cerca en una tienda de carne y sebo, y allí tiran de la oreja á Jorge, que es una bendicion.

—Ola ! ola ! ¿quiere V. presentarme á alguno de ellos porque traigo ye aquí un juego nuevo, que de seguro ha de gustarlas, hay gallinas en este pueblo?

—Sí que las hay, y bien hermosas.

—Habrá gallos?

—Claro está.

—Y riñen alguna vez?

—Ya lo creo, sobre todo cuando se disputan la posesion de alguna hembra, y es natural.

—Nada ; pues presénteme V. á alguno de esos jugadores de la casa del sebo.

—Haré más ; le llevaré á V. á la casa, y allí hablarán ustedes.

—Perfectamente.

Marcharon ambos al sitio indicado, y fué tal la curiosidad que excitó el relato de D. Sebastian en aquellos hombres, que á toda prisa quisieron presenciar una riña de gallos.

Improvísóse al efecto un local con cuatro estacas grandes, se cubrió con hojas de plátano silvestre, y allí mismo, soltando unos cuantos gallos del país, presenciaron los indígenas el esbozo de una pelea, pero se aficionaron tanto y se cebaron de tal suerte en las apuestas, que D. Sebastian ganó en tres días más de dos mil onzas de oro, de las cuales hizo un buen regalo al catalan.

Esto dió lugar á que nuestro hombre reflexionara algo sobre la proposicion del indio, y siguiendo su consejo se presentaron en casa de aquel con ánimo decidido de hacer cuanto quisiera y de tomar lo que se le diera. Hallábase entre la espada y la pared, como suele decirse, y no tenía más caminos que escoger.

Satisfecho Capelicuak de la obediencia de D. Sebastian, se buscaron tres testigos, uno de ellos el catalan, y con una pluma de avestruz y una tinta hecha con polvos de carbon y goma, se trazó el contrato en caracteres poco inteligibles.

Las condiciones impuestas por el cacique, fueron las siguientes:

1.^a Quedarse él con un terreno de treinta leguas de extension, y el ganado todo perteneciente á dicha testamentaria.

2.^a Hacer cuatro partes de las otras doscientas leguas de terreno que quedaban, tocándole á él una cuarta parte de todo esto.

3.^a Y finalmente, entregar á D. Sebastian todo el dinero contante en plata y oro que habia en una arca de encina, lo cual ascendia á unos doscientos mil pesos.

Al oír esta última condicion se tranquilizó del todo D. Sebastian, y no pensó en las demas condiciones; pero le asaltó una idea terrible, y fué la de que aquel hombre, cuyo omnímodo poder no tenía límites en el

país, pudiera muy bien haberle halagado con la idea de entregarle la cantidad, y que luégo de entregada, le asesinara.

Comunicó esta idea en español al catalan, que con la ganancia de los gallos se habia hecho amigo suyo, y tuvo la fatalidad de oír de sus labios estas crueles palabras:

—*Todo podria suceder.*

Estas palabras que cual dardo emponzoñado hirieron su corazon, le llenaron de pavor y de espanto, y no sabia qué hacer; el catalan le ofreció velar por él, y esto reanimó sus abatidas fuerzas; aprobó las bases, las firmaron ambas partes, los testigos hicieron un garabato, y todo parecia haberse terminado.

—Escuche V., dijo el catalan á D. Sebastian, voy á decirle que la entrega del dinero se hará á bordo de un vapor que está anclado desde ayer, y cuyo capitan es amigo mio.

—Muy bien pensado, exclamó D. Sebastian fuera de sí, idea sublime y salvadora! Es V. un hombre hasta alla, y por el consejo le prometo un regalito de doscientas onzas para que las chicas se compren unos tapabos mas decentes que los que gastan.

—Se agradece, contestó el catalan.

Acto continuo se le propuso al cacique, éste lo aceptó, y todos se dirigieron al vaporcito, siguiéndoles cuatro mozos cargados con otros tantos cajones fuertes que contenian los doscientos mil pesos, que D. Sebastian ni aun quiso contar.

Hubo á bordo con este motivo un festin de Baltasar, donde no faltaba la carne de yegua y algunos ratones en arroz, pero al ménos se destriparon no pocas botellas de Oporto, que saboreó Mr. Capelicuak hasta caer beodo en una butaca.

Ya hemos dicho que D. Sebastian era muy inteligente en cuestion de gallos, y una buena prueba de ello es lo que acabamos de ver que le pasó en el Paraguay.

Y así es la verdad; dedicarse largos y dilatados años á un estudio especial, y más que todo una gran disposición y una bolsa bien repleta, argumentos son que pesan mucho para conseguirse un objeto cualquiera, y sobre todo para llegar á vencer cuantas dificultades ofrezca ese mismo objeto. En cuanto llegaba á su noticia que se había establecido un nuevo reñidero, allí estaba D. Sebastian con su estado mayor, y dispuesto á desafiar á cuantos donceles se presentasen en la palestra: había llevado algunas derrotas en verdad; pero qué jugador es el que nunca pierde? Estas derrotillas se veían suficientemente remunerados por los muchos triunfos que había tenido en singular combate.

Hallábase, pues, de regreso de una de sus más brillantes expediciones, que fué la de la ciudad de San Francisco en la California, de donde se había traído á Boston sobre ocho mil onzas de oro ganadas con el sudor de sus jacas, y saboreando un delicioso habano, su mujer le entretenía leyendo los sucesos de la guerra promovida por los insurrectos de Cuba, cuando se presentó á interrumpirles un criado diciendo, que dos caballeros forasteros deseaban hablarle.

—Que pasen, dijo, arrojando sobre un velador el periódico. Josefina se levantó, pues tal es la urbanidad de las señoras que no son españolas, y se acercó á la puerta de entrada de la habitación para recibir á los visitantes.

Eran estos en efecto dos; el uno mucho más anciano que el otro; el más jóven tendría unos cincuenta años, era alto, delgado y de penetrante mirada, si bien en su rostro se leía cierta tristeza producida por algún lejano y mortificador recuerdo; era el más anciano de sesenta y cinco años, bajo, rechoncho, con lengua barba, calvo, pero de muy buen color y mejor humor; siempre hablaba de pesos, de conquistas y de felicidad; sus sentidos, por lo visto, le engañaban; pero como todo en este mundo es ilusión..... el tal *bon vivant* era feliz.

Llamábase el ménos viejo D. Antonio Rivaherrera y el otro D. Camilo Salpicon; habían entregado al criado una targeta de lord Timbury, el cual á su vez la había pasado á manos de Josefina, pues en aquellos países no es tan fácil introducirse un desconocido en una casa como lo es en nuestra tierra meridional; por eso allí el nombre de amigo no es tan comun como aquí. Divisólos la señora ya muy cerca de la puerta de la sala, y les rogó, haciendo una bonita cortesía, á que pasaran adelante: hiciéronlo así, y despues de los saludos de ordenanza, y de haber hablado algun tanto del dueño de la targeta, como es costumbre, procedieron á explicar el objeto de la visita, tomando la palabra el más viejo, que ya hemos dicho lo era D. Camilo Salpicon.

—Caballero, dijo, tenemos noticia de su afición de V. y su inteligencia en gallos ingleses, y como nosotros tambien lo somos, aunque hijos de la Alemania y vecinos de Viena, nos hemos tomado la libertad de visitarle por si tiene á bien enseñarnos su coleccion, y aun admitir algun desafio de gallos.

Aunque el asunto era más que suficiente para seducir á D. Sebastian, é inclinarle desde luégo al trato de aquellos dos sujetos, su finura y buena educacion le obligaron á contestar del modo siguiente:

—Yo, caballeros, soy en efecto aficionado á los gallos ingleses; pero estoy muy léjos de creerme con la inteligencia que habeis indicado; tengo buenos pollos y mejores jacas; vengo hace algunos años trabajando sobre el asunto; pero estoy muy ageno de creerme superior á otros. Sin embargo, y aunque ni tengo la honra de conocer á ustedes, ni ménos la fuerza é inteligencia de sus bichos, desde luégo acepto el desafio del modo y forma que se sirvan decir. Esto, sin embargo, no envuelve ni vanidad ni jactancia; encierra tan sólo el buen deseo de complacerlos.

—Gracias, caballero, exclamaron á la vez Rivaherrera y Salpicon.

—Podeis formular las bases y fijar el plazo.

—Lo más esencial, dijo el viejo, es hablar acerca del valor de la apuesta.

—Eso lo dejo á vuestra eleccion, dijo D. Sebastian.

—Es costumbre que lo proponga el provocado..... y vos.....

—Comprendo: en ese caso pondré..... 20.000 pesos; que os parece?

—Muy bien: sean los 20.000 pesos.

Pasaron a la sala de los pesebres, ó sea la gallera, examinando uno a uno todos sus inquilinos, y fuerza es confesar que los forasteros quedaron altamente satisfechos del buen orden que presidia en todo aquel ejército de campeones.

Quedáronse á comer con él todos aquellos dias, y como la conversacion favorita era facil de adivinar, salió a plaza la catástrofe de los espejos, la muerte de las jacas, y hasta el disgusto que manifestaba su primera mujer, omitiendo sin embargo la escena de los abrazos con Josefina, y el haber sido sorprendidos por su mujer, pero sí hablaron de la oscura procedencia de aquella niña en la casa, y la buena esposa que habia llegado a ser.

Entre estos y otros coloquios, y éstas y otras visitas, llegó el dia de la lucha: una de las condiciones era que si alguno de los gallos se negaba a reñir, su dueño perdía de hecho la apuesta; y otra, la de que quedaria admitida la revancha, puesto que se trataba el asunto entre caballeros.

Llegó, pues, el dia, como ya hemos dicho, y enterado el pueblo de lo crecido de la apuesta de sus dueños, no hay por qué decir que aquello fué un verdadero acontecimiento: lo más escogido de la ciudad se hallaba en el circo gallístico; nadie diria que era una lucha de gallos lo que aquella selecta sociedad iba á presenciar, sino la más ruidosa y lujosa apertura del Parlamento, donde las señoras ostentan todas sus galas, donde los primeros dignatarios de la nacion san-

cionan con su presencia la reunion. Y claro está; con arreglo a la apuesta de los dueños, fueron las que cruzaron entre los concurrentes, ascendiendo el total de una y otras á la exorbitante cantidad de 300.000 pesos.

El mayor silencio reinaba en el circo: suéltanse los dos adversarios, despues de haberlos pesado como es de costumbre, y el primero que salió á la arena, perteneciente a D. Sebastian, fué el rojo, jaca apuesta y vivaracha, valiente y pensadora; contempláronse ambos enemigos durante algun tiempo, ora moviendo la cabeza, ora haciendo la rueda, y el temor y la esperanza se veian pintados en todos los rostros, hasta que establecido el ataque, que fué promovido por el rojo, duró como unos cinco minutos, cayendo el promovedor y creyéndole todos vencido; pero alzóse de repente con grande asombro de los espectadores, sacudió unos cuantos navajazos a su contrario, y de allí a poco se vió caer al bicho alemán é hincar el pico en tierra, señal evidente de la rendicion; cacareó el vencedor con el cuello erguido, y enseguida sonó el más estrepitoso aplauso por todo el ámbito de la sala.

Rivaherrera y Salpicon, aunque derrotados, no se dieron por vencidos, y despues de haber satisfecho los veinte mil pesos convenidos, fijaron para de allí á quince dias la revancha bajo iguales condiciones. D. Sebastian accedió a todo, y volvió á su casa muy contento enseñando la ganancia á su mujer, y diciéndola que al dia siguiente la compraria el aderezo de perlas y brillantes que la habia ofrecido si el gallo rojo se portaba cual era de esperar.

Los caballeros alemanes, léjos de convertirse en enemigos de D. Sebastian, sentian tan sólo la derrota moral y la pérdida de su jaca, mas no la cantidad abonada; así, pues, prosiguieron visitándole, y hasta hicieron, como suele decirse, muy buenas migas con Josefina, la que por su parte era digna de toda consideracion y aprecio, así por su extremada finura, como por su mucha amabilidad.

Tenian por la noche reunion, donde acudia lo más selecto de la sociedad de Boston; allí se cantaba, allí se bailaba y allí se tocaba, lo cual, dicho sea de paso, distraia grandemente á los nuevos tertulios.

Llegó el dia de la revancha, y en esta sesion experimentaron los señores Rivaherrera y compañía una nueva derrota, la cual léjos de desanimarlos, encendió su amor propio hasta el extremo de proponer á D. Sebastian una nueva lucha, en la que se atravesaria la totalidad de las dos anteriores, esto es, 40.000 pesos.

No se hallaba en el caso de negar la proposicion D. Sebastian, siquiera fuese por delicadeza; así es que se decia para sus adentros: yo qué pierdo? si me ganan esta tercera puesta, vendré á quedar en paz, y al cabo y al fin no he perdido ni un pollo, ni una jaca, como á ellos les ha sucedido.

Los contrarios de D. Sebastian frecuentaban como ya hemos dicho la casa de éste con bastante franqueza y familiaridad; entraban y salian á todas horas, y la conversacion favorita giraba siempre sobre los gallos, lo cual no estorbó para que tuviera lugar una escena algun tanto dramática.

En una de las visitas familiares que los alemanes hacian á la casa, y cierto dia de comida, donde el Champagne, el Burdeos, el marrasquino y la Chartreuse habian hecho el gasto, y las cabezas se hallaban algun tanto alegres, donde las bromas se cruzaban, é iba reinando esa fingida franqueza y amistad que está siempre en los labios de las personas calamocanas; cada cual decia lo que le parecia; la dueña de la casa, con una sonrisa en los labios que la realizaba, y una viveza en los ojos que la prestaba cierta animacion encantadora, dirigió la palabra á D. Camilo y le dijo:

—Vamos á ver D. Camilo, ahora que reina la franqueza entre nosotros, ahora que casi por la vez primera le vemos á V. reir, ¿podrá decirnos qué es lo que causa esa constante tristeza que de ordinario se nota en su semblante?

—Yo, señora? me parece que se equivoca V.

—Nó por cierto; no me equivoco; sepa V. que soy muy observadora, y que desde el primer dia que vino á esta casa me apercibí de ello; su tristeza de V. contrastaba grandemente con la franca alegría que se nota en la fisonomía de D. Antonio.

—Tiene V. razon, señora, repuso D. Antonio; el amigo Camilo tiene un recuerdo que le mortifica, y esa es la causa de su hipocondría; varias veces le he aconsejado que deseche ese recuerdo, pero no me hace caso.... el esplin le domina.

—Sentiria, repuso Josefina, haber sido indiscreta; pero, quién sabe? tal vez le cure yo de esa enfermedad.

—No es fácil, señora, exclamó el aludido; pero tal es la confianza que V. me ha inspirado desde que tuve el gusto de verla por la vez primera; tal es el conjunto de esas facciones tan lindas como expresivas, que, lo confieso, me veo arrastrado por una fuerza irresistible que me domina hácia V., por eso estoy decidido á relatarla lo que á ninguna mujer he dicho hasta hoy. Viva la alegría! y viva la franqueza!

He aquí el relato: yo he sido desde mis primeros años muy aficionado á viajar; puede decirse que he dado la vuelta al mundo; así es que en una de mis excursiones por Europa, me hallaba en la deliciosa Nápoles; yo era jóven y rico, y dicho se está que pasaría mi vida por el estilo de D. Juan Tenorio. De orgía en orgía, de diversion en diversion, y de visita en visita, tropecé en el paseo de Villa Reale con cierta jóven llamada Rosina, mujer por todos cuatro costados meridional; sus ojos fueron dos dardos que se clavaron en mi corazon, y cometiendo yo un crimen del que jamás me perdonaré, abusé de su inocencia ofreciéndola mi mano, y no cumpliendo mi palabra. Marché de Nápoles y me dirigí al Cairo, siempre con mis gallos ingleses, donde al poco tiempo recibí una carta de Rosina en que me decia que pronto iba á ser madre; me

hablaba de su vergüenza y de su deshonor, echándome en cara toda la culpa de su desgracia; aquellas frases hirieron de tal modo mi alma, que me decidí á abandonar todo y regresar á la patria de Virgilio, con ánimo resuelto de reparar mi falta, dando la mano á aquella desgraciada. Me embarqué en el brik goleta *Aristides*, y de Grecia me trasladé á Nápoles, donde apenas hube desembarcado me instalé en una fonda situada en la Calata de Santa Lucía; allí pedí recado de escribir y tracé unos cuantos renglones dirigidos en forma de carta á mi buena Rosina..... Mala fué la accion que yo hice á aquella desventurada criatura, exponiéndola á la venganza de sus padres, á la deshonor, y cortando para siempre el hilo de su porvenir; pero mi corazon no estaba corrompido aún, y escuchando la voz de la hombría de bien, se sublimó al leer las sentidas frases de mi víctima; sonó la hora del arrepentimiento; mi corazon salió del letargo en que yacía, y desde luégo quise que mi víctima se uniese conmigo en el altar; qué más podia yo hacer? Ella era buena y hermosa, me queria con extremo, puesto que se abandonó ciega á mi pasion; pertenecía á la nobleza de Nápoles; como vástago que era en línea recta de los Médicis, yo por mi parte era rico, muy rico, sólo en el mundo, libre como el aire, y no quise manchar mi existencia con tan negro crimen.

¡Tal fué el influjo que aquellos renglones ejercieron en mi espíritu! ¡Oh poder sobrehumano de la escritura! ¡Oh mágica influencia de una fraseología bien empleada, cuando esta logra hablar á nuestra conciencia!

Pero aficionado desde mis más tiernos años á las peleas de los gallos ingleses, no pude dejar aquellas playas orientales tan pronto como deseaba, por una maldita apuesta que tenía pendiente en Atenas, ¡ojalá que todo lo hubiera mandado al diablo! ¡Ojalá que más atento á los deberes de hombre honrado hubiese castigado en aquella ocasion mi malhadada aficion de los gallos!

Regresé, pues, como digo, escribí mi carta, pero me asaltó una duda, cómo hacerla llegar á sus manos? por el correo interior era muy expuesto; ir yo? cosa imposible, pues su padre me aborrecia de muerte: ¿qué hacer?

Me decidí por fin, pues de algun modo habia de ser; llamé á un *faquino*, ó sea mozo de cordel, que habia en la calle, le entregué la carta, juntamente con una moneda de plata, y regresé á mi cuarto lleno de temor y de esperanza. Pero como sabido es que cuando las cosas de este mundo dan en salir mal, no parece sino que el mismo Satanás las dirige, hallábame sumergido en la más profunda reflexion, cuando un camarero del hotel me anunció la visita de un forastero.

—Que pase adelante, le dije.

Y acto continuo me encuentro frente á frente nada ménos que con el padre de Rosina.

Era éste un viejo militar de los Abruzzos, hombre de carácter impetuoso, brusco, por haber comenzado su carrera de soldado raso, fornido y con aspecto suficientemente robusto para imponer á cualquier otro hombre. Habíame recibido en su casa con tolerancia porque sabia que era rico; habia permitido mis amores con su hija, por la misma razon, y finalmente, al saber mi mala partida, tenía reconcentrada en su pecho una buena dosis de ira, que un dia debia estallar.

El caso es que en el fondo tenía razon que le sobraba, pero tambien era cierto que el dia del estallido habia llegado ya.

—Tiempo hace, me dijo, que os ando buscando, señor D. Camilo; he recorrido en balde toda la España y el Portugal, donde me aseguraban que habíais ido á ocultar vuestro crimen, y hoy que ménos pensaba hallaros, os encuentro por una bienhechora casualidad. Aquí estoy, y vengo á mataros.

—Vuestro enojo, Sr. D. Venancio, le dije yo, es muy justo, otro tanto haría yo en vuestro lugar; pero permitidme os haga una advertencia.

—No hay advertencia que valga; ante la enormidad de vuestra falta, no hay disculpa posible.

—Escuchadme, y luégo obrareis á vuestro gusto.

—Hablad.

—Sólo una cosa tengo que deciros; que ciego por el resultado de mi mala conducta, sabeis mi culpa, esto es, el prólogo de mi crimen, pero desconoceis el epílogo, esto es, mi arrepentimiento, y la decision en que hoy dia me hallo.....

—Sabad que nada ignoro, y por eso mismo repito que vengo a mataros.

—No lo comprendo.

—Yo sí, y vos lo comprendereis tambien: ese *faquino*, á quien habeis entregado la carta para mi hija ha sido en otro tiempo criado mio..... le encontré ahora poco ahí bajo, me enseñó la carta diciéndome quién se la habia dado y adónde viviais..... abrí la carta..... y lo demas ya lo sabeis.

—En ella vereis que estoy dispuesto á reparar mi falta, que deseo honrarme con el titulo de hijo vuestro.

—Eso no puede ser.

—Dió su mano á otro quizás?

—Nó, señor.

—Pues entónces?

—Por eso vengo á mataros. Ya se vé! acostumbrado á esa vida aventurera, disipada y corrompida, ¿qué os importa haber perdido á una jóven de clase? con venir despues á ofrecerla vuestra mano, ya borrais vuestro crimen, no es verdad? Ya vuestra infamia queda sepultada en el olvido, y cubierta con la bendicion, ¿habrá de desaparecer? Insensato! ¿Y las lágrimas que habeis causado, y la desesperacion de un padre? ¿creeis que todo se borra?

—Dios nos manda perdonar al arrepentido, y de él será segun dice el reino de los Cielos.

—Pero no del malvado cuyo crimen ha llevado al sepulcro á dos victimas, sepultando en el luto y la desesperacion á toda una familia honrada.

—Dadme por Dios permiso para postrarme á sus plantas como á las vuestras lo hago; sé que lleva en su seno la prueba de mi crimen, y no quisiera que ese sér viera la luz del mundo sin tener padre. Concededme por Dios Sr. D. Venancio la mano de vuestra hija, ofrezco ser su esclavo y el vuestro..... mirad que si nó me pierdo.

—Y qué me importa que te pierdas? repuso el anciano. Sabe que tu víctima ya no existe, que hace cuatro dias espiró Rosina al dar á luz una hermosa niña que esta en la inclusa con el nombre de Diávola. Ya comprenderás que necesito beber tu sangre.

Al oir aquellas palabras, todas mis fuerzas flaquearon y caí sin sentido en una butaca. Dos criados me tendieron en el lecho, y cuando volví en mí, hallé sobre mi mesita de noche una carta concebida en estos términos:

«Sr. D. Camilo:

»Al ver su desmayo de V. me retiré, aunque mi primer impulso fué el de atravesarle con mi espada; y espero que si no es un cobarde, me avise el dia y hora en que deba verificarse nuestro duelo..... un duelo á muerte; pues no viviendo ya mi hija, estoy demas en el mundo, y deseo morir ó matar.»—Pero, Virgen Santísima, qué es lo que por mí pasa?

Yo le puse una carta que á cualquiera otro hubiera desarmado y enternecido, rogándole que se calmara, diciéndole que dotaba á mi hija en ocho millones, de los que el disfrutaria si queria recogerla, que la daria mi nombre, etc., pero obcecado él hasta el extremo, repitió lo mismo que ya habia dicho, y cerca de la *Gruta del Cane*, en un escampado que allí hay, tratamos de llevar adelante nuestro proyecto de desafio.

Durante mi marcha á aquel punto, y sin perder ni un átomo de mi entereza, iba yo reflexionando sobre los falsos deberes que la sociedad nos impone, sobre la más falsa idea aún de colocar la razon en la punta de una espada ó en la boca de una pistola, sobre lo que

en la buena sociedad se llama lance de honor; sobre lo de lavar una ofensa con sangre, y otras de las muchas preocupaciones que la tonta sociedad nos impone; pero como no hay más remedio que tomar las cosas como nos las dan, me sentia tan dispuesto á sumergir una bala en el pecho de mi suegro, como que él la introdujera en el mio. La vida era una carga pesada para mí; los sucesos de aquel dia, sobre los muchos desengaños que habia yo experimentado desde que tuve uso de razon, acabaron de llenar la copa de mi resignacion; despreciaba la vida, más que puede hacerlo un persa fanatizado, y me hallaba dispuesto á todo. Esta resignacion, este estoicismo es la verdadera fuerza de todo combatiente. ¡Desgraciado del que en tan supremos momentos piensa en la muerte, y más desgraciado aún del que se acuerda de alguna persona querida que puede llorarle; su pulso vacilará, su ademán y su apostura, así como su palidez, y el temblor de sus músculos demuestran harto á las claras su temor, y son por lo mismo sus peores enemigos.

Llegamos, pues, al sitio convenido, abrimos la caja de las pistolas, las reconocimos, medimos los veinticinco pasos de ordenanza, dispuestos á aminorarlos de cinco en cinco hasta disparar á boca de jarro, en lo cual no habia salvacion; pero ántes de llegar el momento fatal, bajé yo el cañon de mi pistola, y dirigí la palabra á D. Venancio en estos términos:

—Somos unos insensatos, señor mio, ¿será posible que llevemos á cabo un acto que no puede ménos de ocasionar nuestra ruina? ¿será posible que V., abuelo de mi hija diera friamente muerte al padre de su nieta?

Reflexione V. un momento, y suspendamos el acto, no porque tenga miedo, pues vengo dispuesto á que V. me mate, sino porque á fuer de buen cristiano me subleva el espíritu, me horripila lo que vamos á hacer, y ni la sociedad, ni su desgraciada nieta, ganarán nada con ello.

—Póngase en guardia y dispare, fué la contestacion.

—No disparo, le contesté yo, sin que V. escuche mis razones; ¿no os apiadais de mi resignacion? ¿no os conmueve mi dolor? Mirad el llanto que mis ojos despiden en este momento; estas lágrimas son la verdadera expresion de mi sentimiento, el único recuerdo que dedico en estos momentos á su hija de V., á mi adorada Rosina, víctima tambien de sus malos tratamientos de V. Me hallo dispuesto á cumplir con lo que Dios manda: ¿soy yo por ventura el único hombre que ha cometido un desliz? yo sabré repararle, si no tal como mi corazon lo deseaba, por lo ménos segun lo manda nuestra santa madre la iglesia, yo recogeré á ese ser desgraciado que V. ha arrojado del seno de su casa; le hablaré siempre de su madre; le hablaré de su abuelo, inculcaré en su alma los sanos principios de nuestra santa Religion; y cuando V. se halle ya en la fria tumba, recibirá en el otro mundo el mejor consuelo, puesto que tocará los beneficios que han de proporcionarle las preces de su nieta.

Jamás ha cerrado Dios su oído, añadí, á la voz de los ángeles, y su nieta de V. es un ángel que en este momento se halla á los piés del trono del Señor, rogándole que haga resbalar de la mano de su abuelo el arma fatal.

A esto me arrojé á los piés de D. Venancio, y con los brazos abiertos, y arrojando al suelo la pistola, le dije:

—Hé aquí mi pecho: herid, si es que mis palabras no han podido ablandar ese corazon de roca: herid, repito, pero no olvideis que Dios desde la alta esfera nos está mirando, y que tal vez prepara ya el castigo para el criminal; no olvideis que todo el que en este mundo no perdona á sus enemigos, no debe esperar que Dios le perdone.

—Tus palabras han conseguido enternecerme, hijo mio, ven a mis brazos, exclamó D. Venancio, arrojando lejos de sí el arma homicida, y estrechándose fuertemente.

Confieso que uno de los momentos más felices de mi vida fué aquel. D. Venancio no era ya considerado por mí como enemigo mio, ni él tampoco me miraba ya con terror; el convencimiento, la razon se habian abierto paso ante la insensatez; ese período álgido que nos domina cuando estamos fuera de nosotros, ese período de nuestra existencia, tan parecido á la demencia, habia desaparecido dando sitio al raciocinio. ¡Felices instantes los que proporciona una reconciliacion tan inesperada como difícil! Sí, nuestro corazon por más que algunos filósofos digan, no se halla inclinado al mal, sino al bien, y una buena prueba de ello fué nuestra reconciliacion.

—Bendito sea Dios! añadí, sin separarme de sus brazos y con el llanto de la satisfaccion en los ojos; bendito mil veces sea y la Santísima Virgen, que le han iluminado á V. en este momento, haciendo que una huérfana de madre, que ninguna culpa tiene, sea la víctima expiatoria de ajenas faltas, y evitando á la vez que al faltar V. de este mundo, aquella desgraciada, sin una alma que la defienda, y sin más amparo que la Providencia hubiera un día de sacar su honor al mercado para tener un pedazo de pan.

—Sí, hijo mio, repuso D. Venancio, no ménos acongojado que yo; sí; Dios no ha querido permitir que llevemos á cabo un nuevo crimen. Mucho más tranquilo en este momento, y gozoso con tu cariño que no sabía apreciar, comprendo toda la magnitud del atentado que teníamos proyectado. Demos, pues, gracias al Omnipotente por su magnanimidad para con nosotros, y ocupémonos despues de ese angelito. Ambos á dos nos hincamos de rodillas, y despues de haber orado en silencio, nos levantamos, agarrándonos instintivamente de la mano, cual si fuéramos dos amigos que tras una larga ausencia se vuelven á ver.

Aquel cuadro era conmovedor y sublime; aquella corta pero ferviente oracion llegó de seguro á oídos del Todopoderoso, porque éste aprecia más la contricion

silenciosa del pecador, que esas suntuosas demostraciones que hace la Iglesia; acompañadas del fausto, del oro, del órgano y del incienso. Allí no habia más altar que la bóveda celeste, ni más sacerdote que nuestras conciencias, ni más holocausto que nuestro arrepentimiento y nuestra buena intencion; por eso Dios escuchó nuestra plegaria, y más tarde me colmó de beneficios.

—Confieso, dijo D. Venancio, que he usado de harta severidad con mi pobre hija; confieso que mi rudeza y mi orgullo de raza la han precipitado hasta el extremo de sucumbir: si yo no la hubiera castigado tanto, si no la hubiera maltratado á tal extremo como lo he hecho..... no hubiera la infeliz bajado á la tumba. Soy un mónstruo que no merece perdon de Dios.

—Sellad vuestro labio, añadí yo; no echeis á perder la santidad de nuestro arrepentimiento. Dios es grande y misericordioso, y jamás niega su perdon al que de corazon confiesa su falta.

—Si yo hubiera sido un buen cristiano no hubiera matado á disgustos á mi hija, ni permitido que mi nieta pasara por el torno de la inclusa; repito que soy un mónstruo! Si arrojé á mi nieta léjos de mí, fué tan solo por esa necia vanidad que tanto nos ciega; por esa hipócrita representacion que creemos tener en la sociedad. Sí; tememos manchar nuestra honra amparando á un sér desgraciado que nuestro crimen ha mandado al mundo; le consideramos como un padron de vergüenza y de infamia, y no tememos abandonar á ese mismo sér, á ese fruto de nuestras entrañas, abriéndole las puertas de la deshonra y la prostitucion, del presidio ó de la galera!

—Padre! por Dios! recobre V. el sentido; no se deje arrastrar tanto por el dolor.

—Déjame, hijo mio; siento aquí un peso que no me sé explicar, y señalaba la parte del corazon.

—No puedo resistir más, dijo, y cayó al suelo sin sentido.

A esto ya se habian reunido algunas gentes que por allí pasaban, que nunca faltan curiosos que se burlen del dolor del prógimo en vez de consolarle. Hallábame yo en aquel momento confundido entre el dolor físico de mi padre, su estado de abatimiento que me infundia temor y la influencia moral de cuanto acababa de experimentar, así es que me aturdí a tal extremo que no sabía qué hacer; traté de incorporarle, pero no pude, parecia haber perdido todas las fuerzas vitales; mas como Dios dispone siempre las cosas del mejor modo posible, salió de repente una voz de entre el grupo de curiosos que dijo, *dele V. un poco de sambuco*. Aquella palabra fué mi salvacion; diríase que un angel protector me la habia dicho al oido, lo mismo que otros lo habian hecho con algunos santos varones, y contesté instintivamente:

—Adónde hallar sambuco?

—Aquí. Era un aguardentero cabalmente el que habia sido para mí el angel protector.

Dióme en efecto un vasito de sambuco ó sea aguardiente anisado, que en Nápoles es excelente, se lo hice tomar á D. Venancio, éste se reanimó un poco, y ayudándome el vendedor y algun otro más, logramos levantar al enfermo del suelo.

—Se siente V. muy fatigado? le dije.

—Sí, hijo mio, muy fatigado; tantas emociones van á acabar conmigo.

—No diga V. eso, padre, tenga V. ánimo y todo se arreglará: ahora es cuando más necesaria es la serenidad. Está eso bueno; parece V. otro hombre; ahora poco se asemejaba V. á una furia desatada del infierno, no deseaba sino muerte y exterminio, y á no haberme ayudado Dios poniendo en mis labios algunas palabras de convencimiento, y haciendo que V. se avenga á razones, imposible es calcular hasta adonde nos hubiera conducido tanta insensatez; y ahora que Dios ha querido que nos entendamos tomando el verdadero camino de la razon y de la justicia, ¡ahora flaquea V. hasta el

extremo de asemejarse á un niño! Animo, padre mio, y sentémonos en ese banco que veo ahí cerca.

Fuimos andando en efecto unos pasos, y no tardamos en sentarnos: allí parecia respirar con más quietud; sus miradas no eran tan fijas, y sus pupilas brillaban con alguna más vitalidad; tomó otro trago de *sambuco*, y despues de un rato habló de esta suerte:

—Es preciso, hijo mio, que sin perder un momento vayas á la inclusa y veas si entre los expósitos existe todavía tu hija; y sacando una cartera añadí: hé aquí todos los datos y documentos necesarios para reclamarla, así como su fe de bautismo y la partida de defuncion de su infortunada madre. Si vive, dile que me perdone que fui un ingrato, un desalmado separándola de mí y abandonándola á los infinitos peligros de una casa de expósitos. Se le puso tu mismo nombre y apellido, para que siempre pudieras tú reconocerla si por casualidad tropezabas con ella en el mundo.

—Pero padre, piensa V. acaso faltar?

—Sí, hijo mio, y muy pronto; siento que mis fuerzas flaquean; un fuerte dolor en la region del corazon, que hace tiempo me aqueja, me presagia una próxima crisis; yo padezco de aneurisma, y ya sabes el fin de esta enfermedad; por eso te doy todas estas instrucciones, muero tranquilo, porque estoy seguro de que serás buen padre, así como hubieras sido buen esposo.

—Padre! por Dios, no acibare V. más mi existencia.

—Es inútil que así lo desees; los decretos de la Providencia son otros, y fuerza es respetarlos. Dios me llama á juicio, y debo presentarme á él. Ahí tienes además mi testamento, que ayer mismo otorgué en toda regla y traia conmigo por si moria á tus manos: entérate bien; en él nombro á mi nieta mi heredera universal.

Este mismo hecho te probará que á pesar de todo mi encono hacia tí, á pesar de mi conducta aleve contra mis hijas, una voz secreta me hacia pensar en ese sér desgraciado que está en la inclusa. Ya ves que no

era yo tan malo como queria aparentar. Dijo, y apoderándose de él el estertor de la muerte, hizo un ligero gesto con la boca, torció los ojos, estiró el cuello y cayó de espaldas sin que yo pudiera evitarlo. Su presagio se habia realizado. El aneurisma habia tenido lugar.

A todo esto se habia ya aumentado el grupo de curiosos, y como entre ellos divisara una pareja de alguaciles, les rogué que dieran parte á la autoridad de lo ocurrido, y que yo, en mi calidad de doctor en medicina, estaba dispuesto á extender el certificado de aquella muerte natural.

El cadáver fué conducido al hospital de incurables, que distaba poco del sitio del suceso.

Hizose así, y habiendo manifestado yo deseos de ausentarme en breve de Nápoles, la autoridad me obligó á permanecer unos dias mientras durase la sumaria del hecho, pues era indispensable reconocer el cadáver, estudiar su muerte y identificar la persona; obedecí como debia aquel mandato, y mientras duraron aquellas tristes diligencias, me ocupé con ahinco de mi hija, objeto primordial de mis anhelos, causa esencial de mis aspiraciones, y única esperanza de mi vida.

Sólo habiéndose ustedes hallado en un caso análogo, podrán comprender toda la ansiedad, toda la impaciencia y temor que me asaltaban al dirigirme á aquel santuario del crimen, á aquel conjunto de seres desgraciados. Vivirá? me decia yo á mí mismo. ¡Dios de bondad! haced que viva! reservadme ese único consuelo en medio de tantos contratiempos, haced que ese angel de bondad y de hermosura venga á embellecer los dias que me restan de vida! no permitais que la muerte me arrebate el único consuelo que me queda!

Pero la duda crecia en mi pecho á medida que me aproximaba á la casa fatal; cada paso, cada instante, era una punta acerada que se clavaba en mi corazón.

Llegué por fin al edificio de la inclusa, y así como mil veces habia pasado por delante de él sin experimentar la más leve emocion, pues ignoraba el tesoro

que allí podia encerrarse, así entónces, enterado de todo, contemplaba aquel pórtico cual si fuera el ingreso de la mansion concedida á los réprobos; en mis oidos resonaban las fatídicas palabras de.... *ha muerto!* y veia debilitarse mis miembros, perder las fuerzas, y acercarme más y más al sitio en que ya se hallaba mi suegro.

Llegué por fin á la puerta, descubrí el torno, divisé un tirador de campanilla, y sin la menor conciencia de lo que hacia, la así con mi mano y tiré del cordón.

—Qué hay? preguntaron.

—Deseo saber si existe una niña llamada....

—Trae V. los documentos?

—Sí, señora.

—Pues éntre V. por la puerta de la derecha.

Hicelo así, y despues de pasar por varias salas cuajadas de cunitas, de ver muchas amas con criaturas en brazos que me partian el corazón, haciéndome ver á mi hija en cada uno de los niños que se presentaban á mi vista, me condujeron á una sala despacho, donde un empleado, despues de tomar en la mano los documentos que le entregué, hojeó un libro, buscó un folio y dijo:

—Que traigan al núm. 3.826 de este año.

Y estábamos en Abril; lo cual, á pesar del estado de tristeza y de temor en que me hallaba, no dejó de producir en mí una idea bien extraña acerca de la moralidad de los napolitanos.

Esperé un rato, tan angustioso como el de las horas del preso que está en capilla, y viendo que tardaban, interrogué al empleado.

—Tendria V. la amabilidad de decirme si vive?

—No lo sé todavía.

—Me éxtraña esa contestacion, caballero.

—Pues hace V. mal de éxtrañarse.

—Yo creí que en el mero hecho de pedir el número, era una prueba de que vivia.

—Pues se equivoca V., caballero, porque el número que V. reclama está en la enfermería hace ya ocho días, y es fácil que no exista, pues está en la sala de graves.

No grave, sino aguda fué la herida que aquel hombre introdujo en mi corazón. Llegó, por último, un dependiente, y dijo:

—El número 3.826 sigue muy malo, y según el reglamento de la casa no puede ser entregado.

—Qué oigo! dije yo fuera de mí; ¿será posible que á un padre se le niegue su hijo?

—No le abandonó V. para siempre? pues sufra hoy las consecuencias de su crimen.

—No fui yo, señor.

—Alguna parte tendría V. en ello.

Y como el empleado tenía razón, pues si bien no fui yo quien la llevé á aquella casa, fui su primera causa, callé por de pronto, hasta que ocurriéndome una idea al parecer luminosa, le dije:

—Sepa V. caballero que soy doctor en medicina, y desearía se me permitiera ver á mi niña y prodigarla mis cuidados.

—No puede ser; la casa tiene sus facultativos, y no es posible permitirlo. Lo único que puede V. hacer es venir todos los días á saber del estado de su hija.

—Qué enfermedad tiene?

—Tampoco podemos decirlo, y puesto que V. no ha de curarla, ni nadie ha de oír sus consejos sobre ese punto, está demás el que quiera saberlo.—Puede V. retirarse.

—Así lo haré y conservaré también memoria de la amabilidad de V.

—Vaya V. con Dios.

—Con Dios.

Tal fué por de pronto el resultado de mi primera visita á mi hija, es decir, que cuando esperaba yo tener el mayor consuelo de mi vida, me hallé con la duda más acerba, con la lucha más cruel. Me retiré, pues,

al hotel en que estaba, y figúrese V. cuál sería mi estado de inquietud; en aquellos primeros días ni comía ni dormía, ni sosegaba un momento; había día que iba seis veces á la inclusa, hasta lograr que me reconociera el portero por lo mucho que le ocupaba.

Pasados aquellos primeros días de inquietud, se me ocurrió una idea que debería haberseme ocurrido antes, pero que no fué así por las muchas y encontradas emociones que había experimentado. Esta fué la de sobornar con dinero al portero, á la guardiana y al ama á cuyo cargo estaba mi hija; hícelo así, y todas las dificultades se allanaron; conseguí abrazar á mi hija, la besé un millón de veces, y hasta la propiné en secreto remedios que apresuraron su curación.

Llegó por fin el día venturoso en que logré sacar de aquella fatídica casa á mi hija, y la llevé conmigo.

Con que ya ve V. Josefina si tengo motivos para estar triste.

—Y qué fué de vuestra niña?

—La saqué de la inclusa, como ya he dicho, y la entregué á una buena mujer de Inglaterra adonde me dirigí; pero como la fatalidad me persiguió sobre este particular; cuando volví algunos años después, hallé la casa desierta: ya no estaba allí mi hija, y unos vecinos me aseguraron que la vieja con su marido y la niña, aprovechando la última remesa de dinero que yo la envié, se habían embarcado para los Estados Unidos; hé aquí el principal objeto de mi viaje.

—Y ha descubierto V. algo?

—Tan sólo hace tres días que hemos llegado á Boston.

—Teneis algún indicio para hallarla?

—Uno tan sólo, pues Dios sabe si la vieja y el viejo vivirán: el único indicio que tengo es una cruz de oro que yo mismo puse al cuello de Diávola con un letreiro que dice *Al-ovaid*, que en árabe quiere decir *El desgraciado*, y leído al revés significa *Diávola*.

—*Al-ovaid* habeis dicho?

—Eso mismo.

—Mirad esta cruz, dijo Josefina enseñándole la que siempre llevaba al cuello, y que D. Sebastian habia mandado guarnecer de brillantes.

Explicóle ella la razon de las piedras, y D. Camilo exclamó fuera de sí. Bendito sea Dios y la Virgen Santísima, abrázame, hija mia!

Tableau!

Todos lloraban de placer.

—Los ocho millones con que pensaba dotarte ántes de tener la desgracia de ver morir á tu abuelo á mis piés, te los doy hoy mismo; pero cuéntame, hija de mis entrañas, cuál ha sido tu suerte, aunque al verte esposa de este buen amigo, no dudo habrás sido feliz.

—Nada de eso, dijo D. Sebastian; ahora me toca á mí hablar. Oídme, pues, y sabreis la segunda parte de esa interesante historia.

Todas las cabezas se habian serenado; tal fué el efecto de la impresion que el relato de D. Camilo les habia causado, y sobre todo el tierno desenlace que tuvo.

—Oídme, pues, repitió D. Sebastian; esta niña tendria unos diez años, cuando en compañía de un viejo pordiosero se pararon á la puerta de casa, él tocando la guitarra, y ella cantando. Les dí limosna, y como esta chica ha tenido siempre un talento muy precoz, y un carácter muy bondadoso, no tardó en captarse el cariño de mis criados, que todos los dias la daban la comida sobrante. Murió el viejo, y Josefina fué acogida sin que yo lo supiera, en mi casa: entónces estaba yo casado con mi primera mujer, la cual educó á Josefina y la hizo doncella suya. De lo demas bastará deciros que hace tiempo enviudé, y conociendo las buenas prendas de Josefina, la dí mi mano, y soy feliz con ella.

—Como yo lo hubiera sido con su madre, exclamó D. Camilo.

—Ahora me toca á mí, dijo Josefina, y puesto que nací con el nombre de Diabla, quiero haceros ver que no lo hé sido, sino muy desgraciada, hasta que mi buena estrella me hizo poner la planta en esta casa.

—Mira chica, dijo D. Sebastian, basta ya de escenas tiernas, y como lo que tú vas á contar, á la fuerza tiene que ser triste, más vale que lo dejes para otro dia. Brindemos á la salud del feliz encuentro!

—Brindemos! exclamaron todos.

—Lástima es que la apuesta pendiente de cuarenta mil pesos no pueda llevarse á cabo, exclamó Josefina, dispuesta como siempre á complacer á su marido.

—Por qué nó? dijo D. Camilo; ahora más que nunca; pues quien gana de antemano eres tú, puesto que si lo de tu marido es tuyo, lo mio tambien lo es, y todo va á parar á tu bolsillo: conque así, cuenta con cuarenta mil pesos para alfileres.

—Sea, dijeron todos y brindaron de nuevo,

El resultado de la apuesta nada interesa á nuestros lectores, toda vez que ya saben su aplicacion; y como con esa cantidad hay para comprar muchos alfileres, es de suponer que no los emplearía en tanta punta.

Veán, pues, nuestros lectores cómo una aficion desmedida que más tiene de azarosa que de legal, condujo á aquellos dos amigos á lejanas tierras, guiados tan sólo por algunas gacetillas que habian leído en los periódicos noticieros, donde se hablaba con frecuencia de la conocida fama de D. Sebastian Strafor respecto de los gallos ingleses, de las sumas fabulosas que habia ganado con esa industria; y como por efecto de esa misma aficion precipitaron el desenlace de un drama que, á no ser por aquella circunstancia, Dios sabe cuándo se hubiera desarrollado. Verdad es, que el tal D. Sebastian era hombre ducho en la materia, y no es fácil que le hubieran ganado nuestros viajeros un céntimo, á pesar de que tambien tuvieron buena fortuna en su ocupacion de aficionados á las peleas de gallos.

Dejemos, pues, á todos esos personajes que gocen de su nueva felicidad, y continúen ganando mucho dinero con sus jacas y sus pollos.

FIN.